



National Library
of Canada

Bibliothèque nationale
du Canada

Canadian Theses Service

Service des thèses canadiennes

Ottawa, Canada
K1A 0N4

NOTICE

The quality of this microform is heavily dependent upon the quality of the original thesis submitted for microfilming. Every effort has been made to ensure the highest quality of reproduction possible.

If pages are missing, contact the university which granted the degree.

Some pages may have indistinct print especially if the original pages were typed with a poor typewriter ribbon or if the university sent us an inferior photocopy.

Reproduction in full or in part of this microform is governed by the Canadian Copyright Act, R.S.C. 1970, c. C-30, and subsequent amendments.

AVIS

La qualité de cette microforme dépend grandement de la qualité de la thèse soumise au microfilmage. Nous avons tout fait pour assurer une qualité supérieure de reproduction.

S'il manque des pages, veuillez communiquer avec l'université qui a conféré le grade.

La qualité d'impression de certaines pages peut laisser à désirer, surtout si les pages originales ont été dactylographiées à l'aide d'un ruban usé ou si l'université nous a fait parvenir une photocopie de qualité inférieure.

La reproduction, même partielle, de cette microforme est soumise à la Loi canadienne sur le droit d'auteur, SRC 1970, c. C-30, et ses amendements subséquents.

INFLUENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL PENSAMIENTO DE
JOSE MARTI

by

Isabel Rodríguez P.

A Thesis submitted to the
Faculty of Graduate Studies and Research
as a Fulfillment of the Requirements for the
Degree of Master of Arts

Department of Hispanic Studies
McGill University
Montreal

March 23th, 1990



National Library
of Canada

Bibliothèque nationale
du Canada

Canadian Theses Service Service des thèses canadiennes

Ottawa, Canada
K1A 0N4

The author has granted an irrevocable non-exclusive licence allowing the National Library of Canada to reproduce, loan, distribute or sell copies of his/her thesis by any means and in any form or format, making this thesis available to interested persons.

The author retains ownership of the copyright in his/her thesis. Neither the thesis nor substantial extracts from it may be printed or otherwise reproduced without his/her permission.

L'auteur a accordé une licence irrévocable et non exclusive permettant à la Bibliothèque nationale du Canada de reproduire, prêter, distribuer ou vendre des copies de sa thèse de quelque manière et sous quelque forme que ce soit pour mettre des exemplaires de cette thèse à la disposition des personnes intéressées.

L'auteur conserve la propriété du droit d'auteur qui protège sa thèse. Ni la thèse ni des extraits substantiels de celle-ci ne doivent être imprimés ou autrement reproduits sans son autorisation.

ISBN 0-315-63527-4

ABSTRACT

The purpose of this thesis is to engage in an objective study of the influence of the United States on Marti's thought during his lengthy stay in that country, enumerating the different social problems that led him to change his preconceived notions of the country before his arrival, and how this influence strengthened his attitude after leaving prison.

An attempt will also be made to explain why his determination to struggle for the liberation of Cuba acquired continental dimensions, when he became the spokesman for what he called "the greater fatherland", after having anxiously observed the danger hovering over Latin America due to the growth of United States imperialism that threatened neighbouring countries. The thesis will utilize Jose Marti's chronicles and articles which will be used for illustrative purposes. These will not imply any prejudice or bias.

In order to understand José Martí's attitude towards the United States, it will be necessary to study Martí's concept of "Our America". For this purpose, the essential ideas in Martí's messages will be analysed, establishing a parallel between Marti's action and his thought.

R É S U M É

Dans le présent travail, on tentera d'élaborer une étude objective de l'influence exercée par les États-Unis sur la pensée de José Martí, qui y séjourna pendant de longues années ; on fera ainsi état des divers problèmes sociaux qui l'ont amené à modifier les idées préconçues qu'il se faisait des États-Unis avant d'y mettre les pieds ; cette étude fera ressortir la façon dont cette influence devait affiner les résolutions qu'il s'était proposé de concrétiser à sa sortie de prison.

Il s'agira également d'expliquer pourquoi sa détermination de lutter pour la libération de Cuba finit par acquérir un caractère continental ; il était d'ailleurs devenu le porte-parole de ce qu'il appelait la "Patrie plus grande", après avoir pris conscience, non sans inquiétude, du danger qui guettait l'Amérique latine, vu le développement croissant de l'impérialisme des États-Unis qui menaçait les pays voisins. À cette fin, on puisera dans les expressions et les appels qui figurent dans les chroniques et les articles de José Martí ; ces citations n'obéissent à aucun préjugé ni à aucune partialité.

À titre d'élément d'intérêt permettant de saisir l'attitude de José Martí à l'égard des États-Unis, il faudra approfondir la notion que Martí avait de "Notre Amérique". À cette fin, on procédera à l'analyse des idées essentielles relevées dans les messages de Martí, en établissant un parallèle entre son action, d'une part, et sa pensée, de l'autre.

RESUMEN

En el presente trabajo se intentará hacer un estudio objetivo de la influencia que Estados Unidos ejerció en el pensamiento de Martí durante la larga estadía en el país, enumerando los diferentes problemas sociales que lo condujeron a modificar la idea preconcebida que tenía del mismo antes de su llegada, y cómo esta influencia acrisoló las resoluciones que se había propuesto seguir después de su salida de la prisión.

Se tratará, asimismo, de demostrar por qué su determinación de luchar por la liberación de Cuba adquirió caracteres continentales, al convertirse en vocero de lo que él llamó "Patria más grande", después de haber observado con inquietud el peligro que se cernía sobre la América Latina con el desarrollo creciente del imperialismo norteamericano que amenazaba extenderse a los países vecinos. Para ello se utilizarán expresiones y apelativos que aparecen en las crónicas y artículos de José Martí, y no comportan ningún prejuicio o parcialidad.

Como tema de interés para comprender la actitud de José Martí hacia los Estados Unidos, será necesario profundizar en el concepto que Martí tenía de "Nuestra América". Para ello se procederá a hacer un análisis de las ideas esenciales en los mensajes de Martí, estableciendo un paralelo entre la acción y el pensamiento martianos.

La libertad de mi patria, quisiera verla surgir de
entre alas, no de entre charcas de sangre.....

(José Martí)

INTRODUCCION

A Martí, como a cualquier personaje que ha llegado a ser acontecimiento, debe situárselo en su tiempo para estudiarlo en toda su magnitud y comprenderlo en toda su profundidad.

Si bien la infancia de Martí ha estado poblada de circunstancias que podrían considerarse adversas, si pensamos que de haber nacido en ambiente regalado la plenitud de dotes que trajera al mundo se hubieran perdido en un ambiente de vanidad y lujo, lo adverso de las circunstancias podrían considerarse propicias.

Martí nace en la Habana el 28 de enero de 1853. Hijo de familia pobre, tuvo una niñez que no es la habitual, debido a su prodigiosa inteligencia. La zozobra material y la inquietud espiritual que de ella se deriva fueron frecuentes en el hogar. En sus tempranos años realiza varios viajes con su padres (España y provincias centrales de Cuba), ocasionados por los continuos traslados de su padre en virtud del empleo que tenía con la Corona. Antes de llegar a la adolescencia ya pesaba sobre él la responsabilidad de ayudar y cuidar a la familia, por lo que aquel niño endeble debía aprender que había nacido para dar más que para recibir.

A instancias de su madre y gracias a la ayuda económica de su padrino, su padre consiente en matricularlo en San Anacleto. Al mes escaso, José Julián Martí ha desbancado en todas las clases a los más sobresalientes.

La brillantez de su talento y su madurez emocional atraen la simpatía de profesores y compañeros. A través de su padrino conoce a dos mentores que intervienen de manera definitiva en su vida: Don Rafael Sixto Casado y Don Rafael María Mendive.¹ En la casa del último se enfrenta a la experiencia de la vida intelectual y a la del acento cívico. Y es Don Rafael el que insiste en que el chico debe seguir estudios superiores y está dispuesto a aceptar todos los gastos que ellos ocasionen. Por consiguiente, la influencia de Mendive en el joven Martí va a ser crucial en su desarrollo intelectual y emocional. Cabe señalar que las relaciones del joven con su padre no eran muy cordiales debido a sus opuestas ideas políticas, y por tanto Mendive representaba para él el ideal de padre que hubiera querido tener. Consideraba providencial poder ser acogido por el periodista en tales momentos de crisis. Convencido de que las diferencias con su familia nunca se eliminarían, Martí aceptaba agradecido la acogida que Mendive le brindaba, ya que veía reflejado en el espíritu de su protector las mismas inquietudes que a él lo aquejaban.²

A pesar de ser hijo de español en activo, Martí siente que su cubanidad se pronuncia con vehemencia en el ambiente polémico de los corredores y de las aulas. En enero de 1869, a los 15 años de edad, funda el periódico El Diablo Cojuelo que él mismo dirige en colaboración con Fermín Valdés Domínguez, otro estudiante de Mendive. Cuatro días más tarde aparece en circulación un segundo periódico, La Patria Libre, en el que desarrolla sus inquietudes de periodista. Ambos periódicos estaban patrocinados por Mendive. Cuba es en ese momento un palenque enardecido en que las luchas secretas por la independencia están en todo su apogeo. Las represalias que el gobierno español impone son severas.

Poco después de la publicación de sus periódicos ocurre un incidente que cambia completamente las vidas de Mendive y de Martí. El cuerpo político dominante en la isla, encargado de mantener la vigilancia y la represión gubernamental, estaba formado por un grupo de jóvenes llamado "los voluntarios". Durante una representación teatral en el Teatro Villanueva, uno de los actores gritó palabras patrióticas revolucionarias, lo que dio lugar a la intervención de "los voluntarios" matando y arrestando a muchos de los asistentes. Aunque Mendive y Martí no se encontraban presentes, se atribuyó el incidente a la influencia política de Mendive sobre los rebeldes y éste fue arrestado en su casa, sometido a cinco meses de prisión y más tarde deportado a España.

La marcha de su maestro constituye para Martí una tragedia. Lleno de tristeza y amargura, Martí y su antiguo compañero de estudios Fermín Valdés Domínguez descubren que otro estudiante de la escuela de Mendive se ha unido al odiado grupo de "los voluntarios". Martí escribe una nota criticando su comportamiento y censurando el desprecio de este joven por la memoria de su maestro. Aunque la nota no llega a publicarse, es descubierta en casa de Domínguez cuando ésta es allanada por "los voluntarios". Martí asume completa responsabilidad, se le acusa de traición y se lo condena a seis años de trabajos forzados.³ Es en esta oportunidad que entra en contacto directo con torturados y torturadores, con el sufrimiento y las condiciones inhumanas de los prisioneros. Allí ve sufrir, odiar, degenerar y exaltarse a la naturaleza humana. Ve cuán callada admiración merece el hombre que sabe sufrir y cuánto degrada al hombre usar la fuerza contra sus semejantes. Y elige su camino. No será él de los que opriman, tampoco de los que sufran callada y resignadamente. A partir de entonces hará cuanto esté a su alcance para que se sepa lo que ocurre y por qué no debe ocurrir.

El opulento arrendatario de las canteras donde se esclaviza a los prisioneros, compadecido de Martí, quien por su edad y débil constitución no resiste los trabajos de la prisión, intercede por él y se le cambia la sentencia por la deportación a España. El 15 de enero de 1871, sin haber cumplido todavía los 16 años, parte para cumplir su condena. Martí sale marcado para siempre por los grillos que habían incrustado en su pierna y con un más ardiente ultraje en su corazón. A propósito de esta experiencia más tarde escribirá: "El dolor del presidio es el más rudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia y seca el alma y deja huellas que no se borran jamás."⁴ Desde ese momento la liberación de su patria va a ser el impulso dominante y la motivación de todas sus acciones.

En España consagra su estadía casi por entero a plantear el problema de su patria ante la "República sorda". Los tres años que pasa en la península (1871-1874) son definitivos en su desarrollo mental e intelectual. Su primera preocupación es dar a conocer los horrores por los que, tanto él como muchos de sus compatriotas han soportado por oponerse al régimen español en su aspiración por lograr la independencia de su país. A los 18 años escribe, sin odio, porque él no sabe odiar, El Presidio Político en Cuba, publicado en enero de 1871, libro que lo hace notorio no sólo por su contenido patriótico sino por su vibrante estilo como escritor. Lee los clásicos con voracidad adquiriendo un gran dominio de vocabulario y estilo que lo colocan entre los mejores escritores de su época.

La estadía en España es, quizás, la época más feliz en la vida de Martí. El pueblo español despierta en él honda simpatía de hermano. En cada región peninsular ve las mismas aspiraciones que en su patria, truncadas por gobernantes incapaces o coartadas por instituciones caducas, y define al

andaluz descontento, al isleño oprimido, al gallego liberal, al catalán independiente. En uno de sus poemas sobre Aragón se manifiesta este cariño:

Para Aragón en España
 Tengo yo mi corazón
 Un lugar todo Aragón:
 Franco, fiero, fiel, sin saña

 Amo la tierra florida,
 Musulmana o española,
 Donde rompió su corola,
 La poca flor de la vida. 5

La residencia de Martí en España acrisola, por convicción, su determinación independentista.

En sus frecuentes viajes a Europa y a diversos países americanos completa su formación como escritor y conferencista de prestigio. Cuando al fin se le conmuta la pena de exilio Martí piensa en su querida patria, pero debe visitar primero a su familia que se había trasladado a México por motivos de seguridad. El júbilo que experimenta a su llegada a Veracruz se ve empañado por la noticia de la muerte de su hermana Ana. Se siente desolado por haber llegado demasiado tarde y entristecido al ver la pobreza en la que viven sus padres. Se promete ser el sostén y amparo de la familia en el futuro.

De sus correrías por los diversos países latinoamericanos le nace el amor doloroso por las gentes indígenas y mestizas de su América. Y es que los años españoles habían impregnado su pensamiento de las diversas corrientes que encontró en sus lecturas, estudios y conversaciones: socialismo, misticismo, romanticismo, enciclopedismo, y sobre todo krausismo, dejándole un poso de convicciones sobre la Armonía Universal.

En él subyace, sin embargo, una idea dominante: contribuir de alguna manera a la liberación de su patria, y tanto en artículos, como en conferencias

y discursos, no deja de abogar por la causa cubana. En México refuta con indignación los comentarios que circulan sobre el poco caso que se le hace a la revolución cubana en los Estados Unidos. Martí cree en la honestidad norteamericana y contesta con demostraciones del interés yanqui en las cosas de Cuba. Inconvenientes políticos le obligan a salir de México. Guatemala le atrae y se dispone a partir, pero antes hace un alto en la Habana bajo un nombre ficticio. Y en Cuba, con el andar medroso de su clandestinidad, conoce la vida subalterna y cargada de prejuicios, exclusiones y desvíos que afecta al negro antillano. De nuevo intenta participar activamente en la lucha, pero pronto se da cuenta de que por el momento los esfuerzos que se hagan resultarán vanos. Ello no le hace desistir de sus proyectos y sigue enunciando públicamente sus ideas de liberación.

En Guatemala encuentra Martí una tierra "hospitalaria, rica y franca" y también el amor sublimado. María es una bella mujer de 20 años, de dulce voz y rostro fino. Se enamora ardientemente de Martí, pero éste, a pesar de la simpatía y atracción que la joven despierta en él, ya tiene dada su palabra de casamiento a la mujer que dejó en tierras lejanas. Y María muere de amor. Más tarde, esta dolorosa experiencia le inculcaría en el alma el dulce remordimiento de unos versos:

...Se entró de tarde en el río
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.⁶

De regreso a Guatemala con su flamante esposa, Martí siente que ha encontrado un hogar y campo para su impaciencia americana. Pero una misteriosa comunidad de signos ajusta una vez más las vicisitudes de su

vida con los de la patria soñada. Los periódicos anuncian la terminación de la guerra de Cuba. Se ha pactado sobre una base que no es la independencia. Martí siente la necesidad de volver a su patria y embarca con su mujer para la Habana.

La patria le llama y él está decidido a continuar la lucha. Pero las promesas del Zanjón no se cumplen más allá de la menguada representación en unas Cortes, donde los cubanos han tenido que oír muchos desdenes. Martí arremete con mayor energía contra los métodos de un gobierno que no cumple lo pactado y, una vez más, Martí atrae la atención de los personeros del gobierno cuando dice: "el hombre que clama vale más que el que suplica.; los derechos se toman, no se piden, se arrancan, no se mendigan.."7 Poco después, ante la sublevación de los jefes de color seguida de otros pronunciamientos en el resto de la comarca, Martí es detenido y llevado a la comisaría de policía. Allí se le pide que declare en los periódicos su adhesión a España, pero él se niega alegando que no es de raza vendible.

El 25 de septiembre sale de nuevo para España, pero esta vez, el adolescente del primer destierro es un hombre enriquecido de ternura, de dolor, de pensamiento. Ha aprendido que la injusticia no es un designio, sino un error de los hombres. Cuba, que entonces no era más que una herida en el alma, es ahora una idea que busca su destino real. En España, con el invierno, siente fríos de ausencia y de nostalgia del hogar que ha quedado atrás, y escribe: "Es cosa de huir de mí mismo esta de no tener ni suelo propio en que vivir, ni cabeza de hijo que besar".8 Su alma de desterrado está lejos, pero ya ha tomado resoluciones acerca de su destino: en cuanto pueda reunir los fondos necesarios se irá a los Estados

Unidos a seguir trabajando por la liberación de su patria. Pero la oportunidad de burlar la vigilancia española y de marchar a Norteamérica se le presenta antes de lo que esperaba. Martí parte para el destino previsto vía París.

El 3 de enero de 1880 llega a Nueva York. Durante su estancia en la gran ciudad inicia una incesante campaña en la que se manifiesta como defensor de los derechos de los oprimidos. De su incapacidad de odiar emerge esa atrayente modalidad que lo muestra más que como promotor de un pueblo, como redentor de él. Su primer discurso constituye no sólo la revelación de una mente poderosa, sino la instalación de la primera piedra de su filosofía política. En lo sucesivo, su vida estaría dedicada a sacrificarse por sus criaturas, clamando siempre por libertad y justicia, dones sagrados que entrañarán para Martí su hermoso culto; y de esta fe en el bien surgirá su ideario político y su credo estético.⁹

En los largos años que siguen, Martí vive una vida humilde pero decorosa. Después de grandes esfuerzos por conseguir una situación económica estable trabajando como contable, dando clases de español o con su pluma, manda venir a su esposa y a su único hijo al que no había visto desde su nacimiento. La alegría que esto le produce hace que componga el precioso libro de poemas dedicado al niño, titulado Ismaelillo. Martí continúa con sus luchas de liberar a Cuba de la opresión española. Hombre de grandes virtudes, que ama a sus semejantes - aun a sus adversarios - no gusta de la violencia. Sin embargo, dedica su vida a la lucha convencido de que, no importa cuán odiosa ésta pueda resultar, hay momentos en que se hace indispensable. En su opinión, la imperiosa necesidad de justicia es la única excusa que puede justificar una guerra que, al no ofrecer otra

alternativa, se convierte en inevitable: "Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio; una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llama viva, acude al remedio violento."¹⁰

Pero no serán precisamente las armas bélicas lo que Martí esgrimirá. Sus armas serán las letras que plantean las grandes interrogaciones de la sociedad y del hombre. Ello le vale la crítica de muchos que afirman que resulta muy fácil escribir mientras otros vierten su sangre en el campo de batalla. Por eso Martí piensa que su trabajo no estará completo hasta que él mismo escriba con sangre la última estrofa del poema, poema en el que perderá la vida.

Está convencido de que su destino tiene que cumplirse. Por eso, su participación en el ataque a un pequeño destacamento español, acompañado solamente de un ayudante, tiene todas las características de un acto suicida. El día anterior a su muerte había escrito: "Para mí ya es hora."¹¹

Exceptuando la mayoría de sus poemas y algunas obras en prosa escritas en su juventud, Martí no escribió nada que no estuviese dirigido a fomentar la liberación de Cuba o para ganarse la vida. Sus trabajos periodísticos abarcaron múltiples aspectos de la sociedad norteamericana: descripción de exposiciones, eventos locales en los que participaba el pueblo en masa, la situación de los inmigrantes europeos, las huelgas.

Algunos de sus artículos fueron interesantes biografías de pensadores y escritores norteamericanos, como Emerson, Whitman, Longfellow, Mark Twain; o de reformadores sociales y dirigentes sindicales, como Wendell Phillip y Terence Powderly.¹² Martí registraba en sus escritos

todo aquello que percibía y que atraía su atención, fuera ello agradable o desagradable. Su obra fue periodismo elevado y mensaje social para todos los pueblos. De gran interés son sus escritos sobre la América Hispana, "Nuestra América", según expresión que acuñó en un famoso artículo.

Solicitaron su atención en la misma medida los sucesos más humildes que pudieran denotar alguna originalidad en nuestra vida o progreso en nuestra civilización, como los problemas más graves de la condición del indio. No le pasaron inadvertidos la crueldad, la voracidad, la deshonestidad y el impulso retrógrado y, sin embargo, jamás cesó en su ternura, en su fe por Nuestra América, en el hombre y en el universo. A través de sus escritos, en América Latina se conoció a Estados Unidos como nunca se lo había conocido antes.

Pero si bien es cierto que expuso con profusión los aspectos negativos del sistema, como una constante amenaza para la seguridad de la América Latina, no es menos cierto que sus crónicas cubren también grandes áreas y aspectos que podrían resultar útiles para el futuro desarrollo de "Nuestra América". Sus artículos sobre ciencia, avances técnicos y literatura, fueron asimismo mensajes que expandió copiosamente para conocimiento y aprovechamiento de los lectores latinoamericanos.

Por tanto, parece exagerado considerar a Martí "antiamericano" en el sentido neto de la palabra. Su "antiamericanismo" se limitaba a las implicaciones que conllevaban las ambiciones imperialistas del norte y a todo aquello que significara opresión, explotación, discriminación e injusticia. Porque para él no podía existir independencia sin libertad e igualdad para todos los hombres.

Martí era un hombre de estructura menuda, delgado, de expresión

amplia y ojos inquisitivos. Vestía con gran sencillez y daba la impresión de extrema fragilidad. Sin embargo, poseía una gran personalidad y era hombre de acción, original, rico en imaginación y en palabras. Su producción literaria ha sido exuberante.¹³

Es importante anotar, además, otra característica relevante que coloca a Martí entre los seres escogidos: su indiferencia por el dinero. Aunque en estos tiempos de materialismo exacerbado sorprenda semejante afirmación, es notorio que nunca quiso ser rico. No cabe duda de que poseía las cualidades que, de haberlo querido, lo hubieran conducido a la riqueza y a la fama: sus dotes extraordinarias de orador le hubieran acreditado como abogado preeminente; y con el talento de su pluma, puesta al servicio de la política de su país, tan propicia en su época para el fácil medro, pudo haber escalado las más altas cimas de la fama y de la fortuna. Pero si no rico, porque como él decía "si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y rico"¹⁴, pudo vivir con la holgura que en la tierra se permiten vivir los profesionales honestos, sin desacreditar gran cosa su persona, ya que, como él decía, el talentillo consistía en ir haciendo de dineros para la vejez, por más que sufriera la limpieza o se obscureciera la vergüenza. Porque un meditador de las cualidades de Martí, que funda toda su esperanza en el poder inmanente de la justicia y en la fuerza militante de la razón, no puede adherirse a concepciones materialistas; "la razón es como un brazo colosal que levanta a la justicia donde no puede alcanzarla la avaricia de los hombres."¹⁵. Y proclama su desinterés en hermosos versos:

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar"¹⁶

Pero aunque nunca le preocupó su pobreza, sí le preocupaba la miseria de los humildes y de los desheredados: "¿Quién, con nobles empeños, no ha aderezado a sus solas cuadros de distribución de los productos, de modo que el dueño holgado toque a un poco menos y el apurado obrero a un poco más?"¹⁷

En los días difíciles de sus comienzos en el nuevo país, todavía encontraba algunas monedas con las que favorecía a otros menos afortunados que él; y sabía agradecer, con pequeños regalos, las atenciones que sus numerosos amigos le dispensaban.

Y en su calidad de vocero de la verdad, jamás abrigaba en su alma odios, porque dice: "Si yo odiara a alguien, me odiaría primero a mí mismo."¹⁸ En un alma llena de virtudes no podían tener cabida odios ni rencores. Hombres con las cualidades humanas de Martí son escasos, y hay que reconocer que estos seres especiales prestan un gran servicio a la humanidad.

CAPITULO I

LA LLEGADA A NUEVA YORK

Optimismo ... y decepción

Con objeto de abrirle campo a la idea cubana, Martí llega a Nueva York lleno de optimismo y de esperanzas, aunque con una gran pena en su corazón por haber tenido que dejar atrás a su esposa e hijo. Es Año Nuevo (1880) y Martí camina a la ventura por la gran arteria de Manhattan, convertida en hormiguero humano. Se siente un poco perdido y ajeno en este mundo extravertido. Nueva York no ha perdido aún el gesto de vigor rudo, de confianza en la propia fuerza, acentuado por el optimismo que ha dejado el triunfo de la Unión sobre el Sur, y el pujante desarrollo industrial sobre el tradicional sistema agrario. Se acepta gozosamente la nueva esclavitud al capital, porque todo el mundo cree que podrá llegar a ser amo.

Estas impresiones excitan el sentido mesiánico de Martí y remueven su fondo de convicciones estoicas. Se siente atraído por las instituciones norteamericanas, por el desarrollo económico del país, por sus aparentes posibilidades humanas de progreso material y espiritual.¹ Son grandes sus deseos de continuar las luchas que podrían liberar a su patria del despotismo español. Para el que llegase de países coloniales o de aquellos en donde aún predominaban estructuras sociales y económicas de tipo feudal, el escenario norteamericano debió ejercer una acción cautivadora. Esta influencia persiste en Martí por algún tiempo y así, impresionado por esta prosperidad aparente, publica sus primeros artículos de viajero recién llegado: "En los fastos humanos nada iguala a la prosperidad maravillosa de

los Estados Unidos del Norte..², si bien es evidente que Martí abrigaba ya ligeras dudas en cuanto a la perfección de lo que observaba cuando continúa:

Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenino, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.³

Pero su brusco traslado a los Estados Unidos le ha situado en un medio extraño, sin oficio ni beneficio. Camina de un extremo a otro de la ciudad, visitando oficinas, redacciones y trastiendas, subiendo y bajando escaleras, haciendo antesalas frustrantes. En la cooperación fervorosa con el Comité revolucionario de Nueva York, al que se ha incorporado en seguida, encuentra los consuelos de ilusión y de acción necesarios a su espíritu. Su temperamento va a recobrar equilibrio en la acción política. Le hallará ahora sentido trascendente a la enérgica militancia yanqui y se sentirá contento de vivir en un país "donde cada uno parece ser su propio dueño."⁴

De cuanto le impresiona va dejando en su cuaderno rápidos apuntes que le sirven, al propio tiempo, de ejercicio en el lenguaje, pues los escribe en inglés. Al observar el dominio que tiene del idioma, un amigo no encuentra mucha dificultad en que le franqueen las puertas del nuevo semanario The Hour, una revista dedicada a los intereses sociales, en donde se le encomienda la crítica de arte. Con esto y algunos otros trabajos de correspondencia y traducción se va desenvolviendo económicamente.

Esta actividad le va a proporcionar una amplia visión de la sociedad a la cual se ha integrado y le va a dar elementos de juicio suficientes para hacer acertados comentarios que, aunque a primera vista podrían parecer insignificantes, adquieren extraordinaria importancia bajo su pluma. Ellos revelan aspectos sociales esenciales de la vida del país que, o bien no se publican en toda su magnitud, o se trata de ocultarlos para encubrir los métodos rapaces de ciertos grupos minoritarios que en esos momentos manipulan la economía en su favor.

La objetividad más escrupulosa guía sus juicios. Reconoce que Grant, como general, "sustituyó las ideas convencionales e importadas, por las ideas nuevas que le iba sugiriendo, en campo virgen y condiciones locales, la naturaleza."⁵, pero también censura su actuación como Presidente porque se entregó a los aduladores e hizo y dejó hacer en su frustrado empeño de asegurarse la postulación para un tercer período.

También sintió profunda admiración por el gran poeta norteamericano, Walt Whitman, y así lo expresó sin ambages. Probablemente veía en la vida del escritor reflejos de la suya propia. Martí declara que los libros y las conferencias de Whitman "apenas le producen para comprar pan"⁶, circunstancia semejante a la de él mismo; y también, como él, Whitman estaba identificado con la naturaleza y con los humildes, además de ser un fervoroso admirador de la democracia, la justicia social, la libertad: "La libertad debe ser bendecida porque es un goce que inspira al hombre moderno, ya que la libertad es la religión definitiva."^{6a}

Martí no es un simple cronista observador de lo pintoresco o interesante, sino también un guía moral que sostiene los más altos valores éticos en la vida pública y privada. En un tiempo en que las comunicaciones

no habían alcanzado el asombroso desarrollo actual, el servicio que prestaba a la causa de la cultura y del entendimiento entre los pueblos americanos era de gran utilidad. Escenas típicas, fiestas tradicionales, como la del día de Acción de Gracias; espectáculos de gran colorido como el del Coney Island, son acontecimientos que adquieren extrema vividez en sus escritos. Sus crónicas cubren una época rica en sucesos, conmemoraciones y tensiones sociales: el asesinato del Presidente Garfield y el proceso de su asesino, Charles Guiteau; la fiesta de la Estatua de la Libertad;⁷ el terremoto de Charleston; la construcción del puente de Brooklyn; e incluso el problema, vital para la metrópoli de hierro, de la insuficiencia de agua que ya se advertía en 1881.

Hay en estas crónicas inteligentes planteamientos de cuestiones importantes; acentos de validez duradera. Martí es un artífice de la lengua que cree que las palabras deben flamear como banderas. No sólo los eventos más relevantes o los grandes hombres del escenario público se muestran en sus páginas; la densa atmósfera que integra la esencia de un período histórico es revelada también ante la mirada escrutadora del escritor cubano.

Al seguir la línea de su pensamiento político y social en los años neoyorquinos, se nota el ahondamiento de su comprensión el cual contribuye, asimismo, a acrecentar la motivación que lo inducirá a continuar sus luchas contra métodos que él considera censurables y odiosos.

El desengaño que experimenta al ver el desprecio que Estados Unidos hace de sus nobles tradiciones, unido a los grandes problemas sociales y el flagrante abuso del poder político, constituyen poderosos ingredientes que coadyuvan a afianzar las promesas de lucha que se había impuesto. No

resulta sorprendente, por tanto, ver que se erige en un vocero sagaz y valeroso cuando expone públicamente sus puntos de vista en los diferentes congresos a los que es invitado. De esta forma, y en la medida en que va confrontando los problemas que aquejan a la sociedad, su optimismo va desapareciendo gradualmente y se va dejando embargar por una profunda decepción debido a lo cual se siente obligado a publicar las fallas del sistema. Por eso dice que éste no elimina las diferencias sociales; que no existe la tan ponderada igualdad de oportunidades, tanto para los pobres como para los ricos; y que, desde luego, la felicidad no está al alcance de la mano de todos los ciudadanos.

Martí tenía por norma no inmiscuirse en la política interna del país que lo acogía, "Por sistema me tengo vedada la ingerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa es la mía y la haré; la de las nuevas doctrinas."⁸ Pero no por ello debía renunciar al estudio de la política universal, para lo cual era necesario ponerse al día; juntar a los hechos singulares de cada país el conocimiento crítico de las tesis en debate, sin perder de vista las diferencias de desarrollo.

Su constante y primordial preocupación era la liberación de su patria, y Estados Unidos le ofrecía la oportunidad de cumplir sus anhelos sin temor a persecuciones o limitaciones en su libertad de acción. Pero al encontrarse en suelo norteamericano y percibir la realidad, Martí se impone una más amplia labor: pregonar con voz que había de llegar a todos los públicos las incongruencias que plagaban la sociedad que él había idealizado. Y comienza a escribir, y seguirá escribiendo hasta encontrarse con la bala que le segará la vida.

Cabe destacar que su objetividad en cuanto a la valoración de los eventos que se desarrollan ante sí, así como la visión de las proyecciones que los mismos acarrearán, son tema general en los numerosos estudios que se han hecho sobre Martí. En todos ellos se considera que sus predicciones poseen carácter profético. Se abunda también en la aseveración de que las cualidades humanas del escritor son de naturaleza poco común y que éstas lo colocan entre los personajes con características apostólicas.

Porque para que las dotes intelectuales de Martí pudieran originar resultados tan extraordinarios, tenían que estar complementadas por otros elementos esenciales que producirían una combinación de alta jerarquía: extrema sensibilidad, profundo amor a sus semejantes y un sentido esencial de justicia, postulados que se reflejan en todos sus mensajes y acciones. Sus crónicas y artículos van a amalgamar una serie de eventos, nacionales e internacionales, que lo sitúan entre los más sagaces y prolíficos escritores de su época.

CAPITULO II

COMO VEN A ESTADOS UNIDOS LOS PAISES LATINOAMERICANOS

La imagen

La geografía y la celosa política colonial no habían logrado preservar enteramente a Cuba de las corrientes liberales de la época. El elemento criollo estaba particularmente irritado desde que España había excluido a la isla de la representación constitucional en las Cortes. Desde el extranjero se trabajaba activamente por la independencia.

Se hablaba insistentemente de anexionismo. La prensa publicaba artículos con objeto de poner en conocimiento del público las aspiraciones de los Estados Unidos de anexar la Isla de Cuba a sus territorios y así convertirla en otro Estado de la Unión. El objetivo era tratar de pulsar la opinión nacional sobre las ventajas e inconvenientes de tal decisión, antes de adoptar un paso definitivo. Los esclavistas criollos consideraban la anexión como el único medio de librarse del dominio español, o como señuelo para atraer las simpatías del yanqui y adelantar la causa de la independencia. Por otra parte, éstos no tenían inconveniente en que algunos cubanos, ávidos de patria, tramaran conspiraciones desde Nueva York.¹

Es explicable que la burguesía del mundo entero viera con admiración a Estados Unidos, pues en los años que siguieron a la Guerra de Secesión comenzaron a apreciarse los beneficios de una rápida industrialización en una sociedad abierta y modernizada. Esta naciente expansión se anuncia con signos de mejoramientos prometedores. Por otro lado, no existían todavía indicios de que, basados en el factor económico, advirtieran un reforzamiento de la opresión secular con el arribo del

monopolio extranjero. Por el contrario, se creía que éste traería consigo una brillante civilización.

Además, los numerosos defensores del capitalismo presentan a Estados Unidos como República libre y democrática, cuna de libertad, protectora y amiga de los países vecinos. El gran auge de su producción se utiliza para forjar una red propagandística cuya influencia va a desbordar las fronteras de la Unión.²

En los países bajo regímenes coloniales, exentos de las libertades más elementales, esa propaganda va a ejercer un mayor impacto; éstos verán a Estados Unidos como emporio de riquezas, símbolo de progreso, paladín y portador de todas las aspiraciones que los pequeños países desearían ellos mismos para lograr su propia independencia económica. Tomando como modelo los métodos norteamericanos, los representantes de la burguesía criolla se planteaban el proyecto de crear en sus respectivas sociedades economías de tipo capitalista progresista.

Por otro lado, los líderes progresistas cubanos coincidían en que debería darse batalla a la iglesia católica, notorio factor de atraso social de los pueblos por ella dominados, y marginar su poder hacia los aspectos espirituales solamente.

Pero si había concordancia en la admiración hacia el vecino del norte, ya algunos no dejaban de advertir cómo el mismo éxito de Estados Unidos en la realización del modelo burgués implicaba, en definitiva, un peligro potencial para los países limítrofes, evidentemente más débiles y vulnerables.

Es Martí, en nombre de toda la América latina, quien, en ocasión de la Primera Conferencia Panamericana de 1889, auspiciada por el Secretario

de Estado Blaine, dice: "Ha llegado la hora para la América española de declarar su segunda independencia."³

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.⁴

El veía claro que el desbordamiento económico del Norte iba a esclavizar a sus hermanos de la gran patria, ("Cuba y Nuestra América son una en mi previsión y mi cariño") y a impedir, con su interferencia, el desarrollo creciente de sus riquezas y capacidades creadoras.

Tiene clara conciencia de lo que supondrá para América Latina la penetración del capitalismo financiero de su vecino, y ahonda en la trascendencia del fenómeno cuando afirma: "cuando un pueblo fuerte le da de comer a otro, se hace servir de él", y que "el monopolio está sentado, como un gigante, a la puerta de todos los pobres".⁵ Por eso, en la etapa de constitución del Partido Revolucionario Cubano, Martí debe enfrentarse a los autonomistas y a los anexionistas que abogaban por la anexión de las Islas Antillanas a los Estados Unidos, sabiendo que ambos grupos respondían a concretos y personales intereses económicos. Y así dice que "Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad sobre los Estados Unidos"⁶.

Para ello alienta a sus compatriotas a que hagan un profundo análisis de las aspiraciones norteamericanas, sin negarles las virtudes pero tampoco sin exagerarlas. Y ante el despliegue de superioridad del vecino por lo que respecta a las diferencias de razas, Martí dice que las

razas no existen y que sólo hay modificaciones del hombre debido a las condiciones de clima e historia, pero lo idéntico y esencial siempre pervive. Por eso cree que no hay distinción entre un egoísta sajón y un egoísta latino, entre un sajón generoso y un latino generoso. Advierte sobre el carácter dominante y soberbio de los Estados del Sur de la Unión Americana y sobre las clases desvalidas que por su misma condición de esclavos son perezosos e inclementes, lo cual podría tener su paralelo en los mismos grupos cubanos bajo las mismas condiciones históricas.⁷

Los Estados Unidos, como conglomerado uniforme en cuanto a libertad unánime y conquistas definitivas son, para Martí, una superchería. Porque existe una gran diferencia entre la nación bárbara que se alza viril en Dakota, y las ciudades del Este, "arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas"⁸, entre el pueblo limpio e infatigable del Norte, a la tienda de holgazanes, que están sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, agrios, grises del Sur. Sabe que los elementos de diferentes orígenes y tendencias diversas con que se crearon los Estados Unidos, no han podido fundirse para formar una nación homogénea, sino que, por el contrario, la misma diversidad de nacionalidades exacerba y acentúa sus diferencias primarias, convirtiendo así la Federación en un sistema en el que en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; "en vez de robustecerse la democracia, se corrompe y surgen amenazantes, el odio y la miseria".⁹ No desea que los pueblos de casta española, por ignorancia, deslumbramiento o impaciencia, caigan en manos de la servidumbre inmoral y enervante que constituye una civilización dañada y ajena.

Como observador objetivo y ferviente defensor de la justicia social, Martí publicaba con profunda agudeza y honestidad todo aquello que hería sus sentimientos humanitarios y sus principios de equidad. Aquellos que lo consideran enemigo de los Estados Unidos han analizado con gran superficialidad los objetivos primordiales de sus mensajes y los fundamentos esenciales de sus artículos. Dadas sus cualidades morales y espirituales, resulta incongruente creer que Martí haya podido ser enemigo de alguien. Por el contrario, su actitud de defensa de los oprimidos, sin distinción de credos ni de razas, lo coloca en un plano de alcance universal. Sus denuncias se dirigen específicamente a un pequeño grupo que domina la política y la economía del país y que, haciendo mofa del espíritu que conlleva la democracia, lo gobierna como si fuera su propio feudo. Su rechazo hacia el oportunista y el avaricioso no va contra los americanos en general, puesto que escribe: "Profundamente generoso o decoroso es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento."¹⁰

Se comprende que, recién llegado a un nuevo país, en su calidad de emigrado político necesite buscar un hogar en tierra extranjera; y al observar la cálida acogida que el pueblo de Nueva York le dispensa, expresa su gratitud diciendo: "Yo me siento agradecido a este país en donde los desamparados encuentran siempre un amigo, donde una mano bienhechora está siempre dispuesta para aquellos que buscan un trabajo honesto."¹¹ Y a propósito de la ciudad de Nueva York, en uno de los artículos que integran "Impresiones de América", publicado en La Hora el año de 1880, dice:

Yo he visto a los habitantes de Nueva York, toalla en mano, chaleco abierto, la corbata al viento, corriendo en todas direcciones, comprando aquí, vendiendo allá, trabajando, progresando;..... En fin, estoy en un país en donde todo el mundo parece ser su propio jefe. Aquí uno puede estar orgulloso de la especie humana. Todo el mundo trabaja, todo el mundo lee.¹²

Al escribir en tales términos piensa en su subyugado país y en sus compatriotas que viven sin esperanza; y piensa en sí mismo y en aquellas víctimas de la tiranía española; y completa su pensamiento, reflejo de su estado de ánimo, diciendo que es mejor morir sin patria, pero sin jefe.

CAPITULO III

ASPECTOS EVOLUTIVOS DEL PENSAMIENTO DE MARTI

Motivos de la evolución del pensamiento martiano

Al analizar la evolución del pensamiento sociopolítico de José Martí, hay que admitir que el afincamiento de su credo revolucionario se debió, mayormente, a las circunstancias que concurrieron en su niñez y adolescencia. Después del arbitrario encarcelamiento a que fue sometido, la realidad de las injusticias y los abusos del poder despertaron la conciencia de su destino y del deber que como ciudadano libre iba a imponerse.

Cabe señalar, asimismo, que la influencia que ejerció su querido maestro, José María Mendive,¹ ha sido de importancia fundamental en el desarrollo del espíritu revolucionario del joven Martí y en sus ideas emancipadoras. Desde la publicación del Presidio político en Cuba (1871), hasta la última carta que envió a Manuel Mercado poco antes de su muerte, no se nota que haya habido cambio en su trayectoria como escritor y como defensor de las clases desheredadas.

Sin embargo, su conocimiento de Latinoamérica, las experiencias en Europa y, sobre todo, el profundo análisis de la vida norteamericana en momentos cruciales para la expansión del país, han sido también de excepcional importancia en la aplicación de sus ideas políticas y universales.

José Martí llega a Nueva York en momentos en que la inmensa riqueza y extravagancia de los poderosos está concentrada en una pequeña minoría, haciendo que la pobreza de la gran mayoría resulte más dramática. La lucha por el poder, la corrupción y el escándalo, eran pan de cada día,

sin que se pudiera poner coto a la serie de atropellos que el sistema propiciaba.

Puede decirse, sin embargo, que los años pasados en los Estados Unidos representan probablemente el período más intenso de su vida.² Las experiencias vividas y la observación de los eventos desarrollados dentro de la sociedad norteamericana constituyen un factor fundamental en la evolución de su pensamiento sociopolítico. Asimismo, estas experiencias hacen que el estudio de los problemas de "Nuestra América" se intensifique y se afirme su determinación de liberar a ambas patrias, Cuba y Latinoamérica.

De su observación de la realidad norteamericana había obtenido exacta conciencia de los métodos que habría que evitar en los demás países, y advierte a sus compatriotas que tomen a los Estados Unidos como modelo de lo que no se debe hacer, y no como modelo de inspiración. Lo que inicialmente se había considerado como un gran experimento social para el futuro de la humanidad, resultaba ser un flagrante abuso del poder; no sólo la política racista era crítica, sino que los magnates de la industria y los grupos laborales se enfrentaban a problemas insolubles debido a la persistente terquedad de los patronos que no querían ceder a las demandas obreras.

Martí percibe entonces que Estados Unidos no representa el brillante ejemplo de esperanza para el resto de los países que soñaban con seguir su ejemplo. Asimismo, su preocupación se intensifica al descubrir que bajo la superficie de esta agresiva nación y su política amoral yacían otros factores que suponían una amenaza para los países vecinos. La labor de Martí se concentra, entonces, en definir, avisar, advertir y revelar los secretos del aparente éxito de este país, que le fuerzan a adoptar una actitud más radical.

Como consecuencia de todas estas realidades, se une a la masa de desheredados y se convierte en su paladín y defensor, aun sabiendo los riesgos que ello puede acarrearle. porque cree que la vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido. Y para él no los tuvo, por haber entendido la suya al comenzarla. Pacientemente afirmaba que la verdad se revelaba mejor a los pobres y a aquellos que experimentaban un gran sufrimiento en sus vidas. Y con la equidad que siempre inspiraban sus actos, señala los defectos de un sistema que permitía la miseria de los desamparados y el abuso de los poderosos, pero siempre condenando la violencia, con fe en la libertad, porque comprendía que sólo a través de ella era posible hallar el camino de la justicia.

El Martí revolucionario, antimperialista e internacional de 1895, es el resultado de un proceso que comenzó en la prisión de San Lázaro. El grado de radicalización ha cambiado, pero los ideales básicos que rigieron toda su vida y que culminaron con su muerte, han permanecido constantes.

CAPITULO IV

ASPECTOS SOCIALES

La clase obrera

Aunque Martí no era de clase obrera ni había tenido contacto directo con obreros, sí conocía muy bien los problemas que confrontaban en el trabajo y, por ende, en sus hogares. Desde muy joven había aprendido a querer a los humildes, a los negros esclavos, a los indios ignorados o en peligro de exterminación, a los trabajadores honestos y sencillos; todavía sin edad suficiente para poder estudiar los problemas sociales, se siente impelido a solidarizarse con las justas demandas de las clases trabajadoras.

Esta simpatía se va a manifestar a través de todos sus escritos, discursos, poemas. Pero su preocupación no se centra solamente en denunciar la situación de los grupos desposeídos, sino que trata de buscar el origen del fenómeno con la intención de ofrecer soluciones. Cuando le toca vivir con los obreros norteamericanos, estos sentimientos se definen mejor; a sus ojos son ellos "los que edifican el mundo", y "los héroes humildes que cual los hindús a las plantas del elefante blanco, se acuestan en la tierra para que la humanidad pase."¹

Pero en sus comienzos estas simpatías no se relacionan aún con la función social del proletariado como clase que constituye un factor decisivo del desarrollo social. Cuando habla del obrero, tiene la imagen del constructor, del creador en cuanto se refiere a la producción de bienes materiales:

El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos.
 Se ve que son éstos los que hacen el mundo; y engrandecidos,
 sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de
 creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e
 inspiran ternura y respeto.²

No obstante, a medida que se va compenetrando con el problema social y con las condiciones de explotación imperantes, Martí va comprendiendo el papel que corresponde a los obreros en la solución del problema. Esa comprensión creciente se evidencia en los numerosos artículos que publica sobre el tema. En ellos denuncia, en forma vigorosa, las condiciones en que vive y trabaja la población humilde, particularmente los obreros. Denuncia, asimismo, el desempleo, los bajos salarios, los altos alquileres, lo miserable de las viviendas, las masacres de la policía y demás atropellos de los que es testigo. Y escribe:

Se oyen de estos Estados pompas y maravillas. Se dice que un albañil gana tres pesos al día, sin contar con que apenas trabaja seis meses al año, lo cual lo deja en peso y medio diario, que es lo que necesita para no caerse al suelo.¡Ah! Así como los jueces debieran vivir un mes como penados en los presidios y cárceles para conocer las causas reales y hondas del crimen, y dictar sentencias justas, así los que deseen hablar con juicio sobre la condición de los obreros, deben apearse a ellos y conocer de cerca su miseria.³

En cuanto a las duras condiciones de trabajo de los obreros del carbón que pasan su vida enterrados en el negro elemento, a la inseguridad de los mismos en el trabajo, y a la explotación múltiple a que son sometidos por las compañías monopolistas, Martí expone que a pesar de la rudeza del trabajo, las compañías no les garantizan empleo sino que los llaman solamente cuando los necesitan. Pero deben permanecer en los muelles, esperando, sin saber exactamente si al final del día tendrán algún jornal que llevar a su casa. Y si tienen la suerte de trabajar, el jornal es tan mísero que no les

permite sostener decentemente a toda la familia.

Al develar esta triste situación, Martí compara las condiciones en que vive la aristocracia burguesa, haciendo ver las enormes diferencias entre las clases humildes y aquellas otras consideradas privilegiadas que festejan con banquetes cualquier nimio evento y cierran la estación invernal con bailes suntuosos.

Y sobre aquellos que poseen sus amplias residencias de verano en Newport, y que hacen alarde de ostentosa riqueza, dice también que "las madres de Newport, la ciudad de los palacios de verano, presentan a sus hijas en sociedad con fiestas fastuosas y celebran banquetes en los que "las servilletas van ceñidas con anillos de oro."⁴

En cambio, en las zonas más densas y apartadas las obreras tienen que ganar duramente su sustento sin esperanza de encontrar, de regreso a sus hogares, las necesidades más esenciales inherentes a todo ser humano:

En verdad que llena de dolor ver venir de lejanos suburbios, en estas mañanas turbias que parecen madrugadas, a esas obreras valerosas que, al volver en la noche anterior de rudas faenas, reclinaron la inquieta cabeza, sin tiempo de soñar, en almohada dura y fría.⁵

Newport era en aquel entonces el lugar de veraneo de las clases pudientes, en donde se erigían hermosas residencias. Martí, después de describir la ricas mansiones menciona, asimismo, los barrios en donde, en lóbregos edificios, los niños viven hacinados y mueren a centenas por falta de aire, de espacio y de alimentos.

Y comenta el desmedido apetito de los que consideran que el hacer una fortuna es el objetivo primordial de sus vidas; apetito envilecedor en los hombres cultos y denigrante en los ignorantes; y menciona cómo los ricos

se agrupan y respaldan y buscan para sí mismos su propio gobierno que les permite ponerse a cubierto de las justas demandas de los pobres.

Martí no ve con malos ojos al rico por el hecho de serlo, pero de las riquezas lamenta el exceso y combate la sordidez y la soberbia de los encumbrados. Para él las cosas son buenas, por naturaleza; o malas, por accidente.

Al entrar en contacto con las incongruencias de una sociedad que se considera progresista y democrática, la penetración de Martí se agudiza y ve el peligro que esto representa para los suyos, pero su primordial preocupación por la situación de América Latina, amenazada por este imperialismo, se extiende también a los pobres y desheredados norteamericanos. Denuncia las ambiciones de los diferentes cuerpos de un sistema materialista, y lamenta que el pueblo, falto de una educación adecuada, no sepa situarse en la escala correspondiente:

Aquí, como en todo cuerpo social, los pobres aspiran a la justicia, los ricos al abuso, los perezosos a la holganza, los empleados a la perpetuidad, los políticos al despotismo, los sacerdotes a la agorería. Aquí no es, por la incompleta y brutal educación del hombre, donde éste aparece más amable y bello, viviendo con el mundo, apeteciendo la beldad, agraciando la vida hosca con el sentimiento y con el arte.⁶

Acercas de las elecciones de los cuerpos que van a representar a la nación mediante voto popular, que para Martí es el primer ingrediente de un sistema democrático del que los Estados Unidos hace público alarde, comprende con el tiempo que la ciega confianza que había puesto en instituciones que por su misma naturaleza debían ser las abanderadas de la justicia, se desmorona ante la evidencia. Y así considera a los tribunales

y a los senados entes serviles; millonarios que han hecho de la Cámara de Representantes y de las leyes un mercado libre en donde éstas se pueden comprar y vender y en el que los agentes del poder constituyen un cónclave.

Martí presiente ya el movimiento obrero que se está fraguando por efecto de la creciente explotación, movimiento que, si bien inquieta a ciertos grupos, éstos no consideran que el peligro pueda ser inmediato y continúan ejercitando sus poderes ilimitados. La denuncia de Martí es explícita:

El trabajador, que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestas el mundo,.....Los acaudalados.... no se ocupan en atender a estas reclamaciones en justicia.... Más, en lo visible y aparente, no se nota aún este formidable movimiento de entrañas.⁷

Y observa que la vida en los Estados Unidos es una "regata funesta por la riqueza, en que sin sueño ni sin día de fiesta, forcejea la nación."⁸ A raíz de la terminación de la Guerra de Secesión, banqueros y empresarios habían caído sobre la inversión pública de manera inescrupulosa. Martí hace una caracterización atinada, cruda y rigurosa de los que amasan la fortuna con la miseria de los pueblos calificándolos de "camerilla que cuando es descubierta en una empresa aparece en otra"⁹, que conocen todas las triquiñuelas y combinaciones posibles que puedan resultar de la política interna por extrañas y problemáticas que sean. Y comprende que todos estos factores pueden afectar peligrosamente a los países vecinos, y piensa que su tarea inmediata de independizar a Cuba va a convertirse en otra mucho más ambiciosa: detener la expansión norteamericana sobre la América Latina.

De la misma manera considera que el acaparamiento de la tierra por monopolios nacionales y extranjeros es el origen de la miseria y de otros

males que aquejan al pueblo norteamericano. Y se suma a los que piden la nacionalización de la tierra. "La tierra debe repartirse - dice - de modo que su producto sea disfrutado equitativamente por todos los hombres."¹⁰ Cree que la acumulación y el acaparamiento de la tierra arruina a aquellos pobres que no pueden competir con los grandes terratenientes que, por otro lado, también compran senadores y magistrados para asegurarse de que las leyes los favorezcan.

También habla del encarecimiento de la vida, del enriquecimiento de las compañías por concesiones de los derechos y bienes públicos y que la tierra nacional pasa también a manos de extranjeros o a grandes y ricas corporaciones que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria; y Martí se pregunta qué ha hecho el Senado para atajar esos males y para impedir que "los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarriles, los grandes mineros"¹¹ compongan la mayoría, cuando los senadores son elegidos por legislaturas y éstas, a su vez, son elegidas por el pueblo que no tiene minas, ni tierras, ni ferrocarriles. Y el mismo Martí no tiene que hurgar mucho para conocer la respuesta porque sabe que los senadores compran las legislaturas.

Para aquellos que veían a Estados Unidos como modelo de república, como país supremo o culminante en organización social, Martí escribe en Patria:

... la yanquimanía es inocente fruto de uno y otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella ruegan o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite;¹²

Martí veía en la "lucha de clases una constante de la que había de surgir forzosamente un mundo nuevo."¹³ El hombre crecía con el trabajo que salía de sus manos - "cada hombre es un trabajador y muere bien si muere en el trabajo"¹⁴, y sostenía el criterio de que si la política había servido para afianzar la libertad, el trabajo debía servir para robustecer y enaltecer la patria.

Ya en 1889 Martí confía en que la solución del problema social pueda confiársele a los burgueses liberales, y los apremia diciéndoles que siendo justas las demandas económicas y sociales de los trabajadores era necesario acceder a ellas; de lo contrario, éstos las impondrían por la fuerza. Así, comentando los debates de un grupo de pensadores de Boston sobre el modo de distribuir la riqueza nacional, Martí advierte:

Y se están creando grupos para el estudio de la reforma social, no donde el cambio es apeteído con rabia y exceso, como sucede con los obreros pobres, sino entre aquella gente de arriba que tiene llenos a la vez los sesos y las arcas.¹⁵

Pero el Martí que denunciaba estas políticas para él incomprensibles, era el mismo que dedicaba palabras de admiración a Washington y a Lincoln, personajes que ocuparon un lugar muy especial en su afecto y a los que dedicó más de una vez palabras de admiración y elogio.

Con motivo de la celebración del Centenario de la muerte de Washington, Martí hace un panegírico de la gran figura que "dominó con el desinterés, en la hora revuelta de la Constitución del país, las envidias locales que se habían comido, con dientes de fiera, el lazo flojo que ligó a los trece Estados."¹⁶ Considera a Washington el paladín de la libertad y dice que por él se unificó el país según constaba en la Declaración de la

Independencia, sin que los Estados perdieran su soberanía, ni delegasen de ella más que lo indispensable para que no cayeran en nueva esclavitud.

De Lincoln decía que era un hombre de los que cuando se mostraba al público aliviaban e iluminaban. Era también el "más reposado y sereno enemigo de la esclavitud, un hombre de los que se llaman providenciales, porque responden a todas las exigencias del ministerio que les toca"¹⁷, un hombre que "acusó con voces nobles de justicia, la guerra que el Presidente Polk, hombre del sur, movía interesadamente contra México."^{17a} Y cuando escribe a Angel Pelayo dice que sólo por dos hombres lloró al saber de su muerte, sin haber conocido ni un ápice de sus vidas: por Don José de la Luz y por Lincoln.

Dedica una crónica al atentado en el que intervino Guiteau, y hace una vívida descripción de su personalidad y de su muerte.¹⁸ Si bien condena al asesino por haber cometido un horrendo crimen sin motivo justificado, condena también la actitud de la prensa que hacía del acto de la muerte del sentenciado una abominable mofa; condena, a su vez, al hermano del reo "que iba y venía como por casa propia por la cárcel en donde su hermano ha de recibir horas después ignominiosa muerte."^{18a}; condena a la muchedumbre por asistir al espectáculo con la misma alegría y entusiasmo con la que asistirían a un circo y, en suma, condena a una sociedad que pretende ahogar en los hombres todo sentimiento generoso despertando sólo lo tenebroso de sus almas. Martí se pronuncia contra la pena de muerte, y considera a la sociedad tan responsable como al reo.

A partir de 1890, la actividad de Martí va entregándose casi totalmente a los problemas de la lucha por la independencia de Cuba, y prácticamente desaparecen sus crónicas sobre el drama social de los Estados

Unidos. Sin embargo, cuando se refiere a ese tema, deja ver que sus esperanzas de que la reforma pueda resolver el problema no tienen ya vigencia. La descomposición de la sociedad estadounidense está demasiado avanzada y no parece tener solución inmediata. Y escribe:

El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías.¹⁹

Para Martí todos estos eventos son lamentables, pero no podrá continuar exponiéndolos. La total inmersión en otra realidad diferente - la lucha por la libertad de su patria - le impide seguir avanzando en el estudio del problema social en los Estados Unidos.

Las huelgas y el Proceso de Chicago

En el movimiento obrero de los Estados Unidos hay un trágico período de terror que dura, aproximadamente, desde 1860 hasta 1876, y en el que numerosos patronos mueren de muerte violenta. Se sospecha que los ejecutores pertenecen a una sociedad secreta: los Molly Maguires, asociación sindical de tendencia anarquista. Por la acción política se había querido transformar o mejorar la sociedad mediante nuevas leyes. Por la acción sindical se buscaba el mismo fin mediante la lucha o acción directa entre obreros y patronos. Pero cada tendencia suele encarnar en organizaciones distintas, la mayoría de las veces hostiles. La lucha entre patronos y obreros se había ido agudizando en forma cada vez más enérgica. Los sindicatos iban ganando en poder y firmeza; su organización se hacía más fuerte y sus victorias más positivas.

Entonces comenzaron los patronos una estrategia desleal e inhumana. Recurrieron al cierre de fábricas, a las listas negras y a las persecuciones judiciales; el Estado capitalista y sus órganos secundaban celosamente la campaña de la clase patronal. Los sindicatos obreros cayeron hechos pedazos. Pero el sentimiento de justicia y el anhelo de mejora que movían a los hombres no podían desaparecer con los sindicatos. Se adoptó, por lo tanto, el recurso de la lucha clandestina y mortífera y se constituyeron sociedades secretas cuyos miembros era gente aguerrida, hecha a todas las formas de acción social, arrojada fuera de la ley por la misma ley. Los actos cometidos guardaban relación directa con el oscilante grado de pobreza a que les tenían sujetos, o el estado económico general, o

la represión patronal. A estas sociedades se las calificaba de anarquistas.²⁰

Al cabo de los años la clase patronal norteamericana se convenció de que había sido un grave error aplastar las organizaciones obreras. La táctica de la violencia les era pagada con la violencia. A la larga rectificaron su conducta y lejos de extirpar los sindicatos obreros, consideraron conveniente que se consolidasen públicamente. Así la Orden de los Caballeros del Trabajo pudo convertirse en asociación obrera pública. Esta asociación intentaba por todos los medios posibles no crear conflictos con las empresas legítimas ni antagonizar con el capital. Pero a pesar de los esfuerzos conciliatorios de su Dirección, se veía obligada a convocar huelgas y a sostener enfrentamientos con los poderes públicos cuando éstos empleaban la fuerza contra los obreros.²¹

Pero la agitación obrera en Estados Unidos tiene que seguir las tendencias universales. La recesión económica que azotaba al país en ese período había agudizado la crítica situación de los trabajadores. Se considera que el Proceso de Chicago²² fue uno de los movimientos más importantes en esta lucha laboral y, como resultado de esta feroz explotación y de la creciente inconformidad de los trabajadores, se lleva a cabo un movimiento de protesta que se desarrolla alrededor de una consigna: el establecimiento de la jornada de ocho horas.

Por largo tiempo el obrero norteamericano venía adquiriendo una conciencia de clase que se agudizaba día a día, y que a veces se imponía a la confusión ideológica de muchos de sus dirigentes. Los obreros de Chicago, - considerado entonces el centro industrial más grande del país - vivían en peores condiciones que los del resto de la Unión, por lo que

intensificaban sus luchas por la mejora de sus salarios y por la nueva jornada de ocho horas. Chicago constituía en esa época un poderoso foco de agitación revolucionaria, por lo que se lo consideraba el centro más importante del anarquismo en América. Antes de iniciarse la huelga habían ocurrido varios incidentes en los que intervino la policía, dejando un saldo de numerosos muertos y heridos; además estalló una bomba en medio de los policías agresores matando a ocho de ellos. Todos estos incidentes, más la poderosa huelga por la jornada de ocho horas, fueron el pretexto que sirvió a la burguesía para iniciar una salvaje represión que incluyó el sonado proceso contra ocho obreros anarquistas.

Todos estos hechos contribuyen a que Martí comience a observar desde un nuevo ángulo el problema social. Cuando se inicia el proceso, esos trabajadores eran "meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera"²³ y son considerados "incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia."^{23a}

Martí no condenaba el hecho de que hubieran rechazado en un momento de ira violento el ataque de la policía armada, sino que, desde que llegaron a Estados Unidos, se pusieran a perfeccionar métodos de destrucción que él consideraba criminales. Si aceptaba que muchos de esos obreros europeos se habían endurecido por la herencia acumulada en el trabajo servil y la sorda cólera de las generaciones esclavas, había que encontrar una justificación a sus acciones. Pero Martí no era partidario de la violencia. "Es lícito y honroso aborrecer la violencia, y predicar contra ella, mientras haya modo visible y racional de obtener sin violencia la justicia indispensable al bienestar del hombre"²⁴, y la

conjura contra los anarquistas era, además, de aceptación casi unánime. En primer lugar, se presentaron testigos falsos, se preparó un jurado previamente aleccionado, y la prensa en general, junto con la mayoría de las instituciones del país, exigieron primero, y aprobaron después, la condena. Y Martí se deja influenciar por estos factores cuando dice: "Esta vez, ni un solo gremio de trabajadores en toda la nación ha demostrado simpatía, ni cuando el proceso, ni cuando el veredicto, por los que mueren por delitos cometidos en su nombre."²⁵

En segundo lugar, se quería presentar la rebelión obrera como consecuencia de un germen de descomposición sembrado por los inmigrantes europeos. Miles de militantes revolucionarios, después de haber sido reprimidos los focos de rebeldía en sus respectivos países de origen, venían a refugiarse en Norteamérica. Junto a ellos y entre ellos se encontraban representantes del oportunismo, tanto de izquierda como de derecha, entre los que se hallaban furibundos anarquistas. El espíritu de esta masa chocaba con la mentalidad de una gran parte de los obreros norteamericanos, lo que daba lugar a divisiones y luchas de grupos. Las ideas de Martí chocaban también con los métodos violentos de gran número de emigrados, por lo que es fácil comprender que se hallara predispuesto contra sus acciones políticas; y es que cree de buena fe que "el asesinato y el incendio a ciegas como modos de conquistar un derecho no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen."²⁶

Pero estas concepciones de Martí van a sufrir un cambio importante, el cual se va a reflejar en una nueva actitud hacia el proceso de los obreros de Chicago y hacia los obreros sentenciados. Aunque sigue condenando el terrorismo, sus escritos sobre el caso van a estar marcados

por un sello de inconfundible simpatía: "El mismo Chicago, donde parece, por lo unánime de la opinión, ser irremediable la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud.aunque apenas hay quien crea que entre los ocho llamados a morir está el que lanzó la bomba."²⁷

Si al comienzo de los eventos Martí acepta la justeza del veredicto, más tarde fustiga a aquellos que aplican la ley rígida y dice que no merecen perdón los que "juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen."²⁸ Y, a la vez que señala la esterilidad de la acción anarquista que se juzga, puesto que con ese sacrificio no se han disminuido las desdichas de los trabajadores, Martí acusa al Estado norteamericano de haber adoptado los métodos de los países monárquicos: "Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países nórdicos."²⁹

Después de haber censurado la actitud de los huelguistas en los que veía a hombres de espíritu enfermizo o maleado por el odio, "empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con pretexto público en todas las conmociones populares; pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad o provechos fáciles de alcanzar en las revueltas"³⁰, analiza ahora de distinta manera las causas de este hecho. Y constata que el obrero protesta porque cree tener derecho a cierta seguridad en el trabajo y a percibir un salario que le permita alimentar a su mujer y a sus hijos, a una vivienda decente y al asueto necesario para disfrutar con su familia momentos de esparcimiento y reposo. Pero si el obrero creía tener derecho

a estas demandas sociales, castigábanlos los capitalistas negándoles el trabajo, y enviaban a la policía para cebarse en ellos y aun mataban a aquellos que se les resistían.

Y ve en el pensamiento obrero revolucionario las mismas ideas que pueblan su mente. Así, comprende los móviles de los sucesos de Chicago y cierra sus trabajos con varias citas para demostrar su identificación con los mártires, entre ellas la del defensor de los acusados, el Capitán Black:

¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, armados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas; su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia....³¹

Martí cambia totalmente su actitud debido a que, al investigar por sí mismo los hechos y las condiciones en que se produjeron, comprueba que es imposible determinar la culpabilidad de los acusados. Los testigos que fueron interrogados eran los mismos policías y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio. Martí descubre la gran mentira preparada y ofrecida al pueblo por la clase dirigente a través de sus órganos de difusión.

Además, la actitud de los obreros sentenciados, ejemplar por su firmeza y valentía, evidenció la grandeza de la causa proletaria por la que luchaban. El crimen puso de manifiesto cuán descompuesto se hallaba el aparato judicial y todo el sistema de opresión erigido por los poderosos.

Se organizó entonces un movimiento de solidaridad dentro y fuera

del país por los mismos que antes habían pedido el castigo. Pero no era posible conceder clemencia para tales "asesinos", porque iba en detrimento de la justicia y daría pie para futuras protestas. Solamente se perdona a Fielden y Schwab, que son ancianos como el Gobernador Oglesby.³² Por tanto, los reos fueron ejecutados, pero sus féretros iban acompañados de una multitud que entonaba himnos proletarios. El objetivo del proceso era demostrar a las clases obreras el poder de las clases dominantes para mutilar o suprimir libertades, disolver organizaciones extremistas, aumentar la represión y frenar las demandas reivindicadoras. Así, su voz indomable pone al desnudo la clase de justicia utilizada en el país.

Al observar los esfuerzos de los líderes obreros, el aumento de la agresividad patronal, la prisa de los legisladores para hacer engañosas reformas, y demás instrumentos para intensificar la represión, dice que no son los reos los que están sentados en el banquillo, sino todo un sistema social; el de los bolsistas estafadores, el de los empresarios que corrompían la justicia; un sistema en el que las magistraturas, la prensa y la misma iglesia habían creado, en la democracia más libre del mundo, oligarquías injustas y desvergonzadas.

Este movimiento obrero estadounidense, a pesar de todas las confusiones ideológicas y de las fuerzas tan disímiles que luchaban en su seno, constituye uno de los factores primordiales en la evolución de las ideas sociales y políticas de Martí.

Si admite en la práctica la existencia de clases sociales, no cree por eso en sus intereses contradictorios, o, mejor dicho, cree que éstos deben superarse por el bien de todos. Reprende a cuantos azuzan el antagonismo social, porque "no se restablece la igualdad entre las clases, halagando la soberbia de los oprimidos".³³

Por consiguiente, sólo los abusos del capitalismo pueden justificar la acción obrera, que se ha de emprender en nombre de la justicia, el decoro, la mesura. El capitalismo en sí no ha de ser hostigado ni rechazado: "El derecho del obrero no puede ser nunca el odio al capital: es la armonía, la conciliación, el acercamiento común de uno y otro."³⁴ La huelga puede ser un sistema justo, pero "reprobable cuando sirve de órgano a exageradas peticiones de los obreros, y salvador cuando se usa para rechazar exageradas exigencias del capitalismo."³⁵

Su corazón le hace sentir, más que la injusticia de las relaciones ocultas entre el capital y el trabajo, "la injusta miseria material y moral de los trabajadores"³⁶, y sueña con "hombres libres subiendo por la escala humana, con hombres iguales en la dignidad y la concordia, con hombres fraternales en una sociedad reconciliada y armoniosa."^{36a}

La inmigración y los problemas raciales

En 1880 había llegado a los Estados Unidos una gran masa de inmigrantes procedentes de diferentes partes de Europa, que venían empujados por el hambre y las duras condiciones que enfrentaban en sus respectivos países. Esto va a causar un gran impacto en la manera que Martí va a analizar a "los verdaderos americanos"

Martí llama a esta ola de inmigrantes "ejército de la paz", pero al hacer un análisis minucioso de los diferentes grupos, expone el peligro que algunos de ellos representan para el país que los acoge.

Primeramente describe las condiciones en que llegan a los puertos, y dice que vienen hacinados en vapores criminales; son gentes sin nombre que los cuentan por cabezas como al ganado en las ferias. Los meten en celdas similares a las de las cárceles que él llama lechos nauseabundos, y dice que los que vienen acompañados, traen a sus mujeres hambrientas que a su vez acarrear con ellas una caterva de hijos. Para Martí, esta masa humana, exenta de educación industrial y cuya mayoría llegaba sin familia, importaba excrencias de cueva y cree que no existía "elemento más abundante para las cárceles ni veneno más activo para la nación, que estas hordas de gente viciosa y abrutada"³⁷.

Pero no escribe Martí por desprecio o por mofarse de su desgracia, sino que quiere destacar que al emplear la mitad de su vida en librarse de la miseria, se endurecen por el miedo y la fatiga y, en esta situación, van a criar a sus hijos en las mismas ambiciones y con los mismos sustos, pero sin los nobles agentes que crean estimación y orgullo de sí mismos, ni el

calor de la patria que nutre con sus tradiciones y calienta el espíritu. Cree que esta masa va a frenar toda tentativa de control que se trate de instituir por medio del sentido religioso, una más perfeccionada educación, o un mayor control en la vida pública; estos grupos van a despreciar todo intento de perfeccionamiento que no esté relacionado con sus ansias de sacudirse la miseria, y van a invadir y a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirlos. Y serán éstas las generaciones que se van a introducir en todas las instituciones dirigentes y que van a regir el futuro del país con leyes cuyo espíritu será alterado.

Su mensaje de alerta contiene factores positivos porque él cree que no hay mayor peligro para un pueblo nuevo que "esas bandadas de hombres rudos, sin aptitudes, con vicios, llenos de odio y vacíos de conocimientos agrícolas, mecánicos o industriales"³⁸ que se aglomeran en las ciudades como recurso fácil de medrar rápidamente.

Martí hace una distinción entre los diferentes tipos de inmigrantes: aquellos que van a contribuir con su esfuerzo, con sus conocimientos y su industria, a crear una nación más grande y noble. Los alemanes son hombres de ciencia y de comercio que, aun cuando prefieren instalarse en las ciudades, con su inteligencia disciplinada y sus profesiones mecánicas producen lo que consumen y crían hijos amigos de su país y del trabajo. Los italianos son industriosos comerciantes y arduos trabajadores que "con unas cuantas naranjas y limones y pastas de azúcar" alzan una frágil barraca en cualquier rincón de Nueva York.

En el otro grupo, el nefasto para el país, se encuentran los que atropellan las más nobles tradiciones para imponerse con métodos que convengan más a sus intereses. En este grupo se hallan los irlandeses que,

a pesar de efectuar los trabajos más rudos, se les tropieza en todas partes con sus "rostros ásperos y huesosos".³⁹ Esta es la inmigración que, una vez que consigue salir de su condición mísera, esclaviza y desprecia a los que no han podido sobreponerse a la miseria.

Según Martí, esta inmigración va a modificar notablemente el carácter nacional; porque de ella surgirá una generación de americanos "totalmente diferente, con escaso interés en los nobles orígenes que habían contribuido a formar la nación"; sus intereses materialistas iban a influir en la política y en la economía del país. Por tanto, cree que "sólo debe procurarse la inmigración cuyo desarrollo natural coincida, y no choque, con el espíritu del país."⁴⁰

Pero no eran solamente estos problemas los que preocupaban a Martí. Existía otro más grave que lo había llevado a escribir numerosas crónicas y artículos y que lo conmovía profundamente por tener paralelo con el de su patria.

La discriminación racial en los Estados Unidos es un problema tricentenario que tiene profundas raíces económicas e ideológicas y que constituye, en esencia, una de las grandes fallas morales de la sociedad norteamericana. Y es que la historia de los Estados Unidos resulta difícil de comprender si no se toma en consideración el problema del racismo y la discriminación consecuente.

Martí había llegado a Norteamérica con una gran fe y admiración por la libertad y la democracia americanas que habían surgido de la dura lucha contra la soberanía inglesa. Establecía cierto paralelismo entre el derrumbe del sistema colonial inglés y la campaña de liberación que él mismo intentaba mantener contra la tiranía española para restablecer la

dignidad e independencia de su país. Sin embargo, como ya se ha mencionado, esta fe y admiración experimentan un cambio radical, porque pronto aprende que, en la práctica, los métodos de aplicación de las leyes se apartan dramáticamente de las originales tradiciones de libertad.

En sus comienzos, para aliviar la tensión que esta masa de inmigrantes ocasionaba en las grandes ciudades, se les habían ofrecido incentivos a los recién llegados en forma de donación de tierras en las praderas con objeto de que pudieran desarrollar actividades agrícolas. Pero en la mayoría de los casos, estas parcelas, tan generosamente donadas a los incipientes colonizadores, eran propiedad exclusiva de las tribus indígenas, verdaderos propietarios de las tierras.

En 1885 Martí escribe en La Nación sobre el despojo del que habían sido objeto los indios y cómo, al privarles de sus tierras, se les estaba desposeyendo, asimismo, de su principal medio de subsistencia. ¿No eran ellos, acaso, los verdaderos americanos? Martí condena la política seguida por el gobierno federal de recluir a estos pueblos en zonas marginadas en donde debían permanecer bajo control.⁴¹

Es, sin duda, el problema del indio, uno de los más analizados por Martí en sus crónicas estadounidenses, porque la intrusión de los colonizadores europeos quebrantó el desarrollo de la población india de América del Norte. La expropiación de tierras, la violencia, la destrucción en masa de tribus, la barbarie, acompañaron el proceso de expansión de un pueblo en territorio ocupado por otro.

No fue sino más de medio siglo después que una ley del gobierno federal, de fecha 28 de mayo de 1830, estableció el llamado Territorio Indio, que constituye hoy día las llamadas reservas indias.

En otra crónica aparecida años más tarde en La Nación de Buenos Aires, Martí escribe sobre una reunión celebrada en Lake Mohonk, en el Estado de Nueva York, en la cual un grupo de amigos de los indios trataba de analizar su situación comentando la tutela degradante a la que estaban sometidos, las razones aducidas para justificar la acción del gobierno, y la vergüenza que experimentaban algunos de ellos al observar las tristes escenas que ofrecían las reservas indias. Y Martí escribe: "Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y beber lo sabía toda la convención", y que debido al mal sistema de gobierno "no gustan del trabajo y no se desprenden de la existencia salvaje de las tribus."⁴² Pero esta no es la condición natural del indio, sino la consecuencia del sistema de holganza y envilecimiento en que se lo tiene desde hace cien años. Aquellos que han logrado defenderse con mejor fortuna y siguen siendo como eran, demuestran que la raza es fuerte de mente y de voluntad; es también valerosa, hospitalaria y digna. Cree que al privárseles de sus posesiones y asignárseles los beneficios que, de todos modos, los agentes del gobierno les escatimaban o negaban, estaban anulando lo más noble de su personalidad y se les permitía solamente conservar lo que el hombre tiene de bestia. "¿Qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho?."⁴³ Martí aplaude al Presidente Cleveland por haber salido en su defensa y haber tratado de elevarlos, con medidas justas, a la condición de hombres. Y expone las previsiones que deberían tomarse y la instrucción que debería dárseles para convertirlos en ciudadanos útiles.

Carga sobre los hombres libres la responsabilidad de proteger a

esta raza, anticipando que ella tomará la mano que se le tienda porque está llena de natural bondad y tiene entendimiento fácil. Esta preocupación por el indio la expresa Martí no sólo con respecto a los indios de los Estados Unidos, sino también en cuanto a los indios todos de Nuestra América. En esa oportunidad dice:

El indio, que en la América del Norte desaparece, anonadado bajo la formidable presión del blanco, o diluido en la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará bien la América.⁴⁴

La discriminación se extendía también a otras razas no blancas que convivían en territorio americano, en particular la negra y la amarilla. El problema de los negros es, a juicio de los observadores más desapasionados, el más arduo de los Estados Unidos. Se les estimaba por su utilidad mientras eran esclavos; como hombres libres, se les repudia y se les teme.

La legalización de la esclavitud, a mediados del siglo XVII, fue desarrollando en las colonias norteamericanas un completo y amplio sistema de control. La clase dirigente, para mantener su poder, apeló a métodos psicológicos, sociales, jurídicos, económicos y militares. Más de medio millón de esclavos había en Norteamérica cuando se emitió la Declaración de la Independencia de Estados Unidos que sostenía, como verdad evidente, que todos los hombres han sido creados iguales.

Martí consideraba la situación del negro norteamericano similar a la que confrontaban sus paisanos cubanos y estimaba un deber denunciar la explotación y crueldad de que eran objeto y el trato inicuo impartido por

los blancos. El veía que la emancipación garantizada por Lincoln después de la sangrienta Guerra de Secesión era una ley efectiva en teoría, pero en la práctica no estaba en uso. Y vuelve a escribir en La Nación sobre la intranquilidad de los negros en el Sur y que los choques de armas y la caza de negros crecía diariamente, porque los vigilantes blancos, de mostacho y perilla, merodeaban de canana al cinto por los caseríos en donde tenían a los esclavos, como si fuera plaza conquistada y emitiendo gritos agudos y caracoleando sus caballos, descargaban sus rifles a través de las puertas abiertas de las casas.⁴⁵

Martí, que consideraba la esclavitud un crimen, se hizo eco de las angustias, los sufrimientos y las luchas de los negros. El mismo había contemplado repetidas veces los rostros de sus paisanos negros y mulatos, artesanos o tabaqueros humildes, que habían sentido también la repulsión brutal del yanqui y la disimulada esquividad del compatriota blanco. Y dice que "el hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra..... El negro, por negro no es inferior ni superior a ningún otro hombre."⁴⁶

Si los negros deben a los abolicionistas de todo el mundo gratitud por las campañas que en su pro libraron, deben a Martí el apostolado de su reivindicación social, sustentada, no como reconocimiento piadoso del blanco, ni como un derecho exigido por el negro, sino en virtud de una ley universal de identidad.

Otro grupo minoritario no blanco, que Martí defendía contra los abusos de la creciente discriminación racial, era el que componían los inmigrantes chinos. Sentía gran admiración por esta raza trabajadora, humilde, que en todo momento, con su frugal manera de vivir, trataban de

ahorrar para crearse un mejor estatus social y económico, lo que despertaba las envidias y el resentimiento de otras masas trabajadoras. Se originó entonces un debate sobre la conveniencia de restringir su entrada a los Estados Unidos (anteriormente ya se les había restringido la entrada en San Francisco).⁴⁷ Al fin, el Congreso decidió que ésta cesara y al respecto Martí dice:

Y no es, no, la civilización europea amenazada la que levanta como valla a los chinos la espuma de sus playas; es la ira de la ciudad de menestrales que han de menester de altos salarios contra un pueblo de trabajadores que los vencen porque pueden trabajar a sueldos bajos.⁴⁸
Es el miedo de una población vencida por el hambre.

En un grado inmediatamente superior a la raza amarilla, aparece la heterogénea inmigración extranjera de origen europeo, principalmente latinos y eslavos. También los miran con hostilidad por diversas razones: los obreros norteamericanos porque a su llegada de países más pobres propenden a ofrecer la mano de obra más barata que los nativos; los patronos, porque estos inmigrantes europeos, una vez que advierten las desventajas económicas con respecto a los otros trabajadores, procuran colocarse al nivel de los nacionales y su malestar espiritual es una constante amenaza que va a producir un fermento de huelgas y agitaciones sociales; las clases dirigentes de la sociedad, porque algunos de estos europeos importan doctrinas políticas que en los Estados Unidos se consideran subversivas. En aquel entonces, todo lo que se salía de la órbita de la política norteamericana ya instituida se consideraba anarquista.

Impresiones sobre la mujer norteamericana

La mujer norteamericana es, en esa época, una mujer "nueva", no sólo debido a su belleza sino a su mentalidad y visión de la vida. Comienza a ser el pilar básico de la sociedad y, basada en el descubrimiento de su individualidad, se va a convertir en el eje del feminismo. Aunque siempre han existido fuertes individualidades femeninas, la conciencia de esta individualidad no la ha sentido la mujer tan general y vivamente como la norteamericana. Esta conciencia adquiere caracteres específicos y pronunciados y hablan de su "independencia" como anhelo o como lograda realidad. La mujer "nueva" es terriblemente sincera y decidida y asume todas las responsabilidades que anteriormente se consideraban inherentes al hombre.

Las primeras impresiones que Martí percibe a su llegada a Nueva York sobre la mujer, es su modo de ser frío e independiente. Le parecen carentes de femineidad y ninguna de ellas le atrae particularmente. Y establece una distinción entre las mujeres latinas "esbeltas, flexibles y voluptuosas"⁴⁹, cuya belleza impresiona agradablemente al viajero. A pesar de haber conocido en Nueva York damas serias y jóvenes muy alegres, ninguna le ha causado una gran emoción; y dice: "Este es el único país, de cuantos he visitado, donde he podido pasar una semana sin concebir una devoción particular y un afecto profundo por alguna mujer."⁵⁰

Aunque admira su aire decidido que a veces confiere cierta dureza a sus facciones, se pregunta si en un país donde los hombres son fuertes

tanto de mente como de cuerpo, poseen un desarrollo atlético debido al trabajo duro y constante forjado por los embates de la vida, ¿tienen que ser las mujeres también varoniles?. Ese gesto resuelto y definido y su personalidad demasiado viril las despojan - dice - de la exquisita sensibilidad que convierte a las mujeres en seres superiores que las hace figurar como si pertenecieran a un pequeño mundo.

Al ahondar en la vida de la ciudad y en los factores que rigen la vida de sus habitantes, sus impresiones sobre la mujer cambian radicalmente; su percepción objetiva se refleja una vez más y rectifica honestamente sus primeras impresiones. Y dice que el gran corazón de América no puede ser juzgado por la vida desdibujada, la pasión morbosa, los deseos ardientes y angustiosos de la vida neoyorquina. Sus descripciones de la mujer son entonces diferentes y dice que las jóvenes norteamericanas son notables por su alegría o su seriedad excesiva. Por otra parte, poseen un gran dominio de sí mismas y la seguridad de ser respetadas; su frialdad estudiada, su desdén por las pasiones y sus prácticas nociones de la vida, le dan "un extraño atrevimiento y una franqueza muy peculiar en su trato con los hombres"⁵¹. Martí censura su naturaleza materialista y su amor por la riqueza y el lujo, porque cuando conocen a un hombre no preguntan quién es o cómo es, sino cuánto tiene.

Le sorprende el porte señorial de las mujeres de Nueva Inglaterra que tienen "una majestad sobria, que no sería mal comparar con la de las estatuas griegas"⁵²; y les concede grandes cualidades morales y un acusado sentido de respeto, por lo que expresa que "llevan sobre el cuello blanco la cabeza bien torneada, que no invita al pecado, no, sino al saludo."⁵³

Asimismo expresará gran admiración y respeto por aquellas mujeres que intervienen directamente en la lucha por la defensa de los derechos humanos, específicamente por la Sra. Beecher Stowe que, apasionada de la justicia, "ayudó con tesón y coraje a libertar a los negros"; por Helen Hunt Jackson, que "con sensatez y ternura ha trabajado año tras año para aliviar las desdichas de los indios."⁵⁴

Dedica también una crónica especial a Lucy Parson, la valiente mestiza que con voz elocuente y ojos llameantes denuncia los dolores y el tormento de las clases abatidas y con tonos emocionados habla de las madres pobres y sin esperanza. Más tarde le dedicará otra crónica en la que declara que esta arrojada mujer recorre los Estados Unidos defendiendo a los obreros y obreras que trabajan en fábricas distantes y que, para llegar a sus trabajos, tienen que caminar quince millas para ganar una "pitanza". Lucy Parson, esposa de uno de los condenados en el Proceso de Chicago, en sus arengas denuncia con indignación la injusticia cometida en la persona de su marido y declara, con pruebas fehacientes, que no había sido él el que había arrojado la bomba.⁵⁵

En suma, sus impresiones iniciales van a tomar rumbos diferentes y con la honestidad que siempre ha caracterizado todos sus actos, se propone restituir todos los valores a la mujer norteamericana.

CAPITULO V

ASPECTOS POLITICOS

Los Estados Unidos: Anexionismo e imperialismo

Se dice que los pueblos son como los seres humanos. Unos producen una impresión de infancia; tienen de sí mismos una idea demasiado elevada, que sirve de impulso a su personalidad y muestran extremado celo en repudiar toda tutela y, a veces, todo parentesco cultural. Otros pueblos emanan melancolía de decrepitud; han realizado su obra y están poseídos de un sopor que no se sabe si es sueño o principio de muerte, pero tras el descanso renacen con nueva energía.

Hay otra tercera categoría de pueblos que han alcanzado la edad de la madurez. Son pueblos equilibrados, mesurados, discretos y tolerantes. El mundo no debe tener miedo a este linaje de pueblos. Entraron en la segunda mitad de la vida y les anima un sentimiento conservador, aunque poseen suficiente vitalidad para ser flexibles y no se cierran a todo cambio. Les repugna la violencia y consideran el progreso como una mezcla de estabilidad y transformación de las esencias, sin sustituirlas ni destruirlas.

Existe una última categoría de pueblos, ni infantiles ya, ni caducos, ni maduros aún; pueblos de primera juventud, llenos de voluntad de vivir y de crecer, propensos, si los bienes inmediatos no les bastan, a tender la mano a los ajenos y a violar, por lo tanto, el derecho vigente, no para modificarlo en su raíz, sino para servirse de él y consolidarlo una vez consumada la acción.¹

Los pueblos de este tipo pueden ser, durante el desarrollo

biológico de su voraz juventud, el centro de la historia experimental. Casi todos los pueblos europeos han pasado por ese período tempestuoso. A Estados Unidos le ha tocado también entrar en ese centro vertiginoso, y ello, a la vez, le va a convertir en una de las realidades más complejas y potenciales del mundo actual.

Para comprender el auge de los Estados Unidos como país imperialista, es necesario, ante todo, analizar la trayectoria de su política anexionista en los comienzos de su período de formación. Para ello hay que contemplar sus tácticas anexionistas como punto de partida para toda otra consideración.

El espíritu anexionista norteamericano data de muy antiguo. Como se ha dicho, está vinculado al crecimiento territorial del país. Para ello se han utilizado dos métodos: por negociación mercantil, es decir, compra de los territorios deseados, o por conquista armada. Para citar solamente los comienzos, hay que mencionar que en 1803 se adquiere Louisiana; en 1810 España cede, por tratado, unos territorios del Mississippi, parte de la Florida occidental, otra parte de Louisiana y el Golfo de México; en 1813 cede la otra parte de La Florida occidental; en 1819 se adueña de la Florida Oriental.

En 1845 se anexiona a Texas, lo que da lugar, en 1846, a la guerra con México, que tiene desastrosas consecuencias para este país debido a la cesión compulsiva, en 1848, no sólo de Texas - separado de México desde 1836 - sino de la alta California, Nuevo México, Nevada, Arizona, Utah y parte de Wyoming y Colorado. En 1853 se llevó a cabo el Tratado de Gadsden, firmado el 30 de junio de 1854 entre Estados Unidos y México, y concertado por James Gadsden y Manuel Díez de Bonilla. En él se zanjaron

los conflictos fronterizos que daban a los Estados Unidos una comarca de forma irregular en la parte meridional de los actuales Estados de Arizona y Nuevo México. Esta zona era ambicionada por los Estados Unidos porque les proporcionaba la mejor ruta para su proyectada línea férrea del "South Pacific."²

Todas estas anexiones van a crear un país cuya extensión territorial alcanzaría cerca de 10.000 km². y que van a formar una nación en desarrollo constante.

Durante más de un siglo, desde 1803 hasta 1917, se incorporaron territorios que van a añadir a la extensión original más de 4.000 km², casi dos tercios de la superficie total. Actualmente domina, económicamente, algunos países de la América del Sur.³

El proceso de recuperación después de la terminación de la Guerra Civil, en 1865, constituyó un período de calma en la política expansionista norteamericana. El país entero estaba concentrado mayormente en reconstruir aceleradamente los estragos de la guerra. Esto va a ocasionar cambios estructurales acelerados, políticos y económicos, los cuales van a originar grandes problemas nacionales.

Teóricamente, Estados Unidos se había dividido en dos Américas. De un lado estaba la América eminentemente agrícola. Aunque habían confrontado problemas internos, trataban de conformarse a los principios políticos, económicos y morales de los Siglos XVII y XVIII; una América en formación, física y socialmente hablando; una América consciente de su carácter único y de su único destino.

Del otro lado se encontraba la América predominantemente urbana e industrial, sumergida de manera inextricable en la política y en la

economía mundiales, plagada de problemas que, por largo tiempo, habían sido inherentes al Viejo Mundo. Las transformaciones afectaban la población, las instituciones sociales, la economía y la tecnología; se trataban de ajustar las viejas instituciones y costumbres tradicionales de pensamiento a las nuevas y, en parte, alienadas condiciones de vida.

Este proceso de adaptación no era nada nuevo para la experiencia norteamericana que había demostrado ya su capacidad de acomodarse a las más arduas condiciones físicas y sociales. En el primer período del Siglo XIX, la adaptación tuvo lugar dentro de un marco social y económico razonablemente estable, y en la misma medida el moral y el político. Pero este patrón familiar va a romper sus fronteras en la última década del siglo lo que provocará transformaciones radicales a un ritmo acelerado.

Por primera vez en su experiencia nacional, el país se ve impelido a adaptar su economía a la nueva tecnología y a conformarse a una nueva sociedad y a nuevas formas de vida. Bajo el impacto de estas inesperadas fuerzas, la confianza que por tanto tiempo había caracterizado al americano dio paso a dudas, confusión e intranquilidad.

Esta década va a ser testigo de revolucionarias transformaciones en las estructuras sociales y políticas: el paso del viejo Oeste y la desaparición de fronteras y de tierras agrícolas; la decadencia del reino ganadero, con el consecuente cambio de las bases económicas, lo que va a contribuir a distorsionar el balance que se había mantenido hasta la fecha. Se incrementa la explotación indiscriminada de recursos naturales, mediante el apoderamiento arbitrario de los mejores bosques, minerales, pastizales y tierras agrícolas, por corporaciones ambiciosas, deseosas de un rápido lucro. La concentración del control se extiende también al

transporte, las comunicaciones y a los bancos. De este modo el campesino, los pequeños industriales y los comerciantes son barridos o absorbidos por el nuevo sistema.

La filosofía del individualismo, que hasta la fecha había sido ardientemente alentada y que era un derecho legítimo de la empresa libre, estaba amenazada por los mismos que invocaban ese individualismo, y su ejercicio restringido por aquellos para los que la doctrina del "dejar hacer" era una ley científica. Hasta 1880, la agricultura había constituido la principal fuente de riquezas en Estados Unidos, pero en 1890 la industria había pasado a ocupar el primer lugar. De ese modo, el centro de la economía y de la política se transfiere del campo a la ciudad. Los monopolios pasan a controlar todas las fuerzas económicas del país y, por ende, a los cuerpos políticos. Se origina así la deterioración de la agricultura, de la vida urbana, de las condiciones físicas del pueblo, con el consecuente escalamiento de la corrupción política y económica; una desigual distribución de la riqueza y, unido a todo ello, los esfuerzos convulsivos de adaptar un sistema político federal a una economía centralizada y a una filosofía de "dejar hacer" dentro de un programa de democracia social.⁴

Es evidente que en la evolución de los pueblos no se puede desligar la política de la economía y que esta última representa una política en sí misma. Un estado económico injusto podría persistir a perpetuidad si no existiera una conciencia para definir su injusticia y proponer su mutación. Por lo tanto, no podrá tenerse una idea clara del conjunto de fuerzas morales de un pueblo si no se sondea su realidad económica. Por consiguiente, para saber lo que la política de los Estados Unidos

representa para los demás pueblos, es necesario primero sondear las condiciones de su economía.

Para examinar la riqueza de un país existen dos ángulos de visión. Desde uno se tiene la riqueza total que hace que un país sea pobre o rico. Desde otro, existe la riqueza de cada individuo. Si el país es muy rico pero la riqueza está mal distribuida, la mayoría de sus habitantes pueden ser pobres. Por eso, para llegar a un total conocimiento del desarrollo económico norteamericano, es necesario saber cómo estaba distribuida la riqueza y el por qué de su crisis interna.⁵

En 1886 el país había alcanzado el mayor rango entre las más importantes naciones en habitantes, en economía, en crédito público. Los progresos logrados en las diferentes esferas estaban estrechamente relacionados entre sí. Sin recursos naturales no se hubiera podido lograr mucho; sin embargo, ya no existían muchos de esos recursos para continuar el avance económico. Por lo tanto era necesario crear nuevos sistemas que permitieran continuar con una economía estable. La invención de las máquinas y los adelantos tecnológicos que aseguraban una producción en masa eran esenciales para mantener fábricas y talleres. Para ello se necesitaba urgente capital laboral y éste sería proporcionado por la gran masa de inmigrantes que continuamente llegaban al país.

Entre 1860 y 1900 unos 40 millones de inmigrantes cruzaron el Atlántico en ruta a la "tierra prometida", los cuales iban a desempeñar toda clase de trabajos por un salario que apenas les alcanzaría para sobrevivir, pero que ayudarían a mantener en marcha la industria norteamericana y a enriquecer a aquellos que la habían establecido.⁶

Todos estos factores importantes para la industria (materia prima,

tecnología, mano de obra barata, transporte y mercados) necesitaban otros agentes para lograr un completo desarrollo. Era indispensable disponer de hombres con visión, imaginación, poder y ambición, para asumir la inmensa tarea de crear el nuevo mundo industrial. Después de la Guerra Civil no hubo que esperar mucho para ver surgir una nueva clase: magnates del ferrocarril, capitanes de industria y potentados financieros, los cuales serían los encargados de erigir el nuevo imperio. Pero con ellos surgió también la excesiva ambición que sobrepasaría toda otra consideración de interés público.

Así como la extracción del oro, la plata y el cobre de las minas del Oeste habían servido para crear fortunas de inversores y especuladores, las tierras de las praderas iban también a engrosar las fortunas de rancheros ausentes con la consiguiente intensificación de una explotación indiscriminada de otros recursos que ayudarían a conseguir rápidos beneficios.

De este modo comenzaron a crearse los monopolios en casi todas las industrias, con la consiguiente corrupción en los diversos niveles gubernamentales que se vendían a los potentados para que éstos hicieran y deshicieran a su antojo en beneficio propio.

Ante el evidente auge económico, el mismo Presidente F.D. Roosevelt declara que no se debían criticar los métodos utilizados, sino los resultados, y que el precio pagado no era demasiado alto si se había logrado crear un sistema industrial gigante.⁷

Pero toda situación que desborda los procesos creativos de una sociedad en forma de avalancha, arrastra consigo, asimismo, todo lo que encuentran a su paso y termina por desarrollar un estado social cuyas

consecuencias no se pueden prever si no se logra frenar su impulso.

Por lo tanto, como consecuencia de la disminución de la agricultura y el considerable aumento de la industria, se reduce el número de personas que pueden convertirse en propietarios y se incrementa el número de los que se proletarian. Esta situación provoca una creciente inquietud en la clase obrera y una mayor severidad en la clase capitalista. Al disminuir los recursos naturales y aumentar el capital disponible, la explotación económica se hace cada vez más difícil. Se intenta, como solución, cerrar las puertas a la inmigración restringiendo así la mano de obra extranjera. Aunque la inmigración había sido el puntal en el cual se había apoyado la economía laboral, en la situación reinante se les culpaba de promover los problemas laborales creando un estado de inquietud en los demás trabajadores. Se buscaba, además, establecer una política de expansión económica en toda la América y en parte de Asia.

Debido a la pérdida de terrenos agrícolas, la gran ciudad va devorando a la aldea; la industria a la agricultura. En los años pioneros, para poder centrar la economía en el campo, la tierra se daba gratis y era una tierra fértil, rodeada de caza y de jugosos pastos, lo que hacía aún más productivo el trabajo del labrador. Esta actividad daba al individuo holgura, muchas veces prosperidad, a menudo opulencia. Pero todo eso va a sufrir un drástico cambio. Ya no hay tierra gratuita y la que queda disponible es cada vez peor y, además, está acotada por otras propiedades.

Paralelamente, la riqueza mineral, si no llega a un punto de escasez, ofrece cada vez mayores dificultades a la extracción, y el capital, escaso de paciencia, busca métodos más fáciles en países extranjeros más próximos.

Con la disminución de tierra laborable, aumenta la proletarización de las clases pobres al ser incorporadas a un régimen de salarios del cual es imposible que se eleven a la categoría de propietarios. El incremento de la industria a expensas de la agricultura es tal, que las exportaciones disminuyen aceleradamente y, cosecuentemente, se incrementan las importaciones para suplir la demanda. De este modo, la evolución de la economía va transformando la política interior y exterior del país.

En 1892 Ignatius Donnelly⁸ escribe sobre la grave situación que confronta la sociedad y dice:

Nos encontramos en medio de una nación llevada a la cima de una ruina moral, política y material..... negocios en bancarota, empobrecimiento laboral y la tierra concentrada en manos de capitalistas.... Los trabajadores urbanos carecen del derecho de organizarse para protegerse; empobrecidos obreros importados reducen sus salarios; una armada contratada, no reconocida por la ley, se establece para mantenerlos callados y están degenerando a las mismas condiciones europeas. El fruto de la labiorosidad de millones es robado descaradamente para levantar fortunas colosales de unos pocos, lo que no tiene precedentes en la historia humana; y los potentados, a la vez, desprecian la República y ponen en peligro la libertad.⁹

El expansionismo norteamericano se va restableciendo en medio de estas condiciones y así se van gestando las causas por las que el capital financiero monopolista se enfrenta a la necesidad de buscar nuevos territorios en los que pueda continuar su ley de crecimiento y absorción.

En la historia de los Estados Unidos abundan las transgresiones al derecho internacional, el cual estipula la no intervención, la libertad de los mares, del comercio, el derecho de cada nación a darse el gobierno que más le convenga, la prohibición de la piratería, etc. La doctrina Monroe, al proclamar que cualquier intervención de una potencia europea en América

Latina sería contemplada como la manifestación de una disposición hostil hacia Estados Unidos, está encubriendo sus proyectos de expansionismo continental.

El pueblo norteamericano, la masa anónima que no ve los dedos que manejan los hilos internacionales y que está a merced, como en toda partes, de las campañas nacionalistas de una prensa corrompida, no está al corriente de lo que se maneja entre bastidores. La prensa, en vez de ser reflexión, freno y prudencia, maestra experimentada en el destino de otros pueblos es, con rarísimas excepciones, fuelle de todas las pasiones de la riqueza y el poderío, instigadora y encubridora de todos los extravíos de los conductores.

Poco después de la Guerra de Secesión Estados Unidos se iba volviendo más y más agresivo. En 1840 habían declarado la guerra a México y amenazaba a Inglaterra bajo la excusa de que era su "destino manifiesto" para dominar las costas del Pacífico. En 1889 se disputaban con Alemania y Gran Bretaña las Islas Samoa. Se hablaba de "rescatar" a Cuba de manos de los españoles y de intervenir en Europa para apoyar la revolución húngara. Cuando la situación interna estaba a punto de provocar la Guerra Civil, el Secretario de Estado Seward urgía al Presidente Lincoln a que, con objeto de evitar el conflicto interno, la mejor solución era declarar la guerra a Europa. Pero la lucha por conseguir la Confederación de la Unión y sus subsecuentes problemas de reconstrucción brindó sosiego a esta idea "chauvinista."

En 1880 los norteamericanos seguían convencidos de que su país estaba sujeto a un "destino manifiesto". El Reverendo Josiah Strong, sacerdote de una congregación de Cincinnati, y un "leader" en cuestiones

religiosas, declaraba que la raza anglosajona, de la que los americanos eran descendientes, tenía "un genio instintivo para colonizar"¹⁰ y, por consiguiente, habiendo desarrollado actitudes agresivas peculiares, estaba destinada a extenderse por todo el mundo, desde México, Central y Sudamérica, y sobre las islas del Océano hasta Africa y aún más allá.

Martí sabía que las apetencias norteamericanas estaban incrustadas tanto en los representantes del partido republicano como del demócrata, los únicos dos partidos vigentes que se disputaban la regencia del país. Ambos ambicionaban los privilegios internacionales y se aprovechaban de la admiración que los demás pueblos le tributaban como país democrático y progresista.

Los abusos políticos estaban ligados estrechamente a la situación económica. Los industriales y hombres de negocios intentaban introducirse en forma agresiva en los mercados extranjeros. La prensa alertaba insistentemente a la industria norteamericana sobre el exceso de producción, y que si no lograban obtener nuevos mercados rápidamente la economía se desmoronaría.

La década de los 90 fue el período más agudo para los Estados Unidos. En 1891 el Gobierno estuvo a punto de precipitar una guerra con Chile, nación que se creía tenía estrechas relaciones con Inglaterra.

Todas las fuerzas económicas del país trataban de competir con los mercados europeos y, con un mayor empuje, intentaban desplazarlos de sus relaciones comerciales con el Oriente y Asia. El interés en China databa de 1780, cuando el primer buque salió de Boston para ese lejano país. Diez años más tarde, los industriales pensaban en los millones de asiáticos como

clientes potenciales para sus excedentes.

En 1893 el pueblo norteamericano fue informado, por medio de la prensa, que un grupo estadounidense residente en Hawaii había derrocado al Gobierno y había formado uno provisional. Solicitaban la ayuda de su país para dominar los focos insurrectos. Al mismo tiempo pedían que se considerara la anexión de la Isla.¹¹

Sin embargo, se necesitó la guerra con España y la toma de las islas bajo su dependencia para brindar el imperialismo como un poderoso objetivo, y para asegurar que se diera reconocimiento y un nuevo énfasis a la política mundial, según lo exigían los intereses nacionales. Para ello se contaba con la realización de grandes proyectos que incluían el apoderamiento de diversos países con una situación geográfica privilegiada.

La experiencia ha demostrado que son los países más ambiciosos y con gran poder bélico los que buscan someter a aquellos que tienen un bajo nivel de civilización, población inculta, heterogénea y desorganizada, pero cuyo suelo está poblado de riquezas de importancia capital para los que ambicionan aprovecharlas. Como primer objetivo se pensaba en las dos pequeñas islas más próximas a los Estados Unidos. Cuba y Puerto Rico, dadas sus especiales condiciones de ubicación, representaban dos puntos estratégicos que los poderes públicos norteamericanos no podían pasar por alto. En 1891 el Secretario de Estado Blaine escribió al Presidente Harrison: "Creo que existen solamente tres lugares de valor suficiente para nosotros que justifiquen su apoderamiento y que están dentro del área continental: Uno es Hawaii y los otros dos Cuba y Puerto Rico."¹²

Ya en 1823 el Presidente Adams había declarado:

La Isla de Cuba, casi visible desde nuestras playas, ha llegado a ser un objeto de trascendencia e importancia tan grande para los intereses políticos y comerciales de la Unión americana, que probablemente llegará un día en que la anexión de Cuba a nuestra República sería indispensable para el mantenimiento de la Unión.¹³

Una larga serie de factores ha enfatizado la importancia de esta situación geográfica. Desde el punto de vista comercial, ambas Islas podrían servir de puente entre el Caribe y el Golfo. Como valor estratégico, Cuba poseía un gran número de puertos que, en poder de manos hostiles, podrían representar una amenaza para la seguridad e intereses norteamericanos.

Antes de iniciarse la Guerra civil cubana, el pueblo esclavizado contemplaba ansiosamente la anexión como solución a su situación de servidumbre. La burguesía criolla había consumido infructuosamente sus posibilidades políticas para encabezar la conducción de la lucha por la independencia y los cambios revolucionarios. Sus esfuerzos se refugiaban también en la solución autonomista. Es en estos momentos que Martí asume el papel de dirigente y más tarde se inserta en la actividad revolucionaria clandestina. Durante su estancia en los Estados Unidos funda el Partido Revolucionario Cubano en el que va a emplear todas sus energías para la liberación de su patria.

Durante los diez años de insurrección, desde 1868 a 1878, se desarrolló una cruenta lucha de guerrillas que parecía no tener fin. Las promesas del gobierno español de moderar su forma de gobierno no se llevaban a efecto y las luchas continuaban más encarnecidamente. Las vidas y los

intereses que los Estados Unidos tenían en la Isla estaban en peligro y no se daban muchas garantías de pacificación. Se pensó de nuevo en iniciar negociaciones para la compra de la Isla a España, pues era harto conocido el descrédito del dominio español en las colonias y que éste estaba en franca decadencia. Cuba había sido ya motivo de disputa entre diferentes potencias, pero España no estaba dispuesta a ceder su hegemonía sobre la Isla.

En 1895 la insurrección en Cuba se hizo más violenta y los intereses norteamericanos sufrían graves daños. Se comenzó nuevamente a pensar en una interferencia armada. La esclavitud había desaparecido, pero el poder político, todavía más dominante, tomó su lugar. Los norteamericanos habían hecho inversiones en la Isla por valor de cincuenta millones de dólares y el comercio se había incrementado alcanzando los cien millones. El efecto de la revuelta cubana no se limitaba solamente a disminuir este intercambio comercial, sino que destruía las instalaciones, propiedad de los norteamericanos. La disputa entre los rebeldes y las tropas españolas se caracterizaba por su extrema crueldad y un total desprecio por las vidas y la propiedad. Ambas facciones se habían impuesto la destrucción de las plantaciones, vías férreas, ingenios y edificios que caían en su campo de acción. Bajo tales circunstancias, todos los negocios se habían paralizado; en menos de dos años, Norteamérica había hecho reclamos por valor de dieciseis millones de dólares.¹⁴

Por otro lado, España culpaba a Estados Unidos de proteger a los rebeldes refugiados en el país, los que enviaban armas y provisiones a sus paisanos de Cuba. Se suscitaron varios incidentes que pusieron en peligro la aparente armonía de los dos gobiernos. El vapor correo Alliança, que

hacia la ruta de Colón a Nueva York, cuando bordeaba el Cabo Maisi fue perseguido por un patrullero cubano bajo la sospecha de acarrear armas y provisiones para los rebeldes. El Allianza ignoró el acoso pero recibió una andanada de balas que, si bien no causaron daños materiales, sirvieron para que el Capitán informara al Departamento de Estado para el consiguiente reclamo.¹⁵

Más tarde ocurrió otro incidente con otro buque cargado de armas. Esta vez se apoderaron del buque y de sus tripulantes que fueron hechos prisioneros. Entre ellos se encontraban ciudadanos norteamericanos que fueron sentenciados a muerte. Se emitió una demanda en favor de los acusados, con veladas amenazas de consecuencias graves si se negaban a liberar a los prisioneros.

Aunque estos incidentes no provocaron consecuencias inmediatas en las relaciones américo-españolas, la revolución cubana era de por sí motivo de constante irritación para los norteamericanos. El 12 de junio de 1895 Estados Unidos declaraba neutralidad en el caso cubano y la ayuda prestada hasta la fecha a los rebeldes fue retirada totalmente.

En sus inicios, las atrocidades conectadas con la insurrección atrajeron las simpatías del pueblo norteamericano en pleno. Las iglesias abogaban por la causa de los rebeldes y se formaron juntas encargadas de reunir dinero y armas para los insurrectos. El cuerpo capitalista pedía la intervención y la fiebre de la guerra se extendió a todo el país.

Mientras tanto, el destructor Maine fue enviado a la Habana con el encargo oficial de hacer una visita de cortesía, pero con la secreta intención de proteger las vidas y propiedades de los inversores. Pero el Maine explotó y se hundió con todos sus tripulantes a bordo, lo que llevó el

espíritu del pueblo a un estado frenético. Al no poderse establecer la culpabilidad de los españoles en el accidente, Estados Unidos se mantuvo en estado de espera.

Las promesas del Gobierno español seguían sin tener efecto y la situación había llegado a ser insostenible. Debido a ello se consideraba la intervención imperativa y ésta fue aprobada unánimemente por el Congreso. En el momento de establecer las condiciones, se había dicho que la intervención no implicaría "soberanía, jurisdicción o control de la Isla, excepto por lo que se refería a su pacificación."¹⁶ El 19 de abril de 1898 se rompieron las hostilidades.

Anticipando el conflicto armado que siguió, se dieron órdenes, al mismo tiempo, para que un navío norteamericano se estacionara y estuviera alerta para intervenir en las Filipinas en caso de una declaración de protesta. Otro navío, el Oregón, patrullaba los alrededores del Cabo de Hornos. Cuba fue bloqueada por los principales estrechos de la costa, con objeto de impedir que buques provenientes de España se aproximaran a la Isla.

El 26 de julio de 1898 España se declaró vencida. El botín de guerra fue de gran provecho para Norteamérica. Se declararían la independencia de Cuba, pero Puerto Rico pasaría a ser dominio norteamericano. En 1899 le seguirían Filipinas. Las ventajas económicas y políticas que este acuerdo proporcionaba a los Estados Unidos eran enormes. Con la posesión de esta última dependencia se lograría el dominio de todo el archipiélago del Pacífico - compuesto de tres mil islas - y la oportunidad de restablecer el comercio con el Oriente.

Pero el espíritu y las promesas de conceder la independencia a Cuba no se llevaron a efecto. Las posibilidades de dominio eran demasiado atractivas para desperdiciarlas. Los intereses norteamericanos en la Isla eran tan grandes que se la obligó a aceptar, como parte de su constitución, ciertas enmiendas que se redactaron en un documento llamado "La Enmienda Platt". Estas previsiones estipulaban la restricción de relaciones comerciales con otros países, limitación del poder de adquirir deudas externas y el compromiso de garantizar seguridades a los Estados Unidos para intervenir, cuando fuera necesario proteger vidas y propiedades. Asimismo se pedía el derecho de adquirir zonas de explotación en lugares de la Isla previamente acordados.

La guerra con España viene así a representar la llave maestra que abriría las puertas a la política imperialista. Sus acciones van a convencer al mundo de que Estados Unidos posee el poder y el deseo de ser una potencia entre naciones, y sus dirigentes creen en su grandeza sobre todos los demás pueblos.

Martí no ha podido constatar el fenómeno imperialista moderno, pero su visión del futuro previó la situación geográfica y económica de las Antillas con respecto a Estados Unidos. Su enconada lucha por liberar a sus Islas tenía sobrados fundamentos. Conocedor de todos estos factores y de la idiosincrasia de los países suramericanos, deseaba impedir a toda costa que el "imperialismo voraz" los absorbiera irremediabilmente.

CAPITULO VI

CONCEPTO DE AMERICA

La América de Martí

Con objeto de centrar mejor el análisis de "Nuestra América", conviene destacar que el fin primordial de toda actividad martiana era la independencia de Cuba. No ser colonialista constituiría el primer postulado de "Nuestra América".

Si bien el conocimiento minucioso de la primera independencia hispanoamericana influyó en la elaboración del ideario político de Martí, no cabe duda, sin embargo, de que tenía plena conciencia de las condiciones específicas en las que se gestaría la emancipación cubana. La percepción de los logros y deficiencias de esta emancipación iluminan su ideal de libertad, de democracia y de unidad latinoamericana. Su entusiasmo por la epopeya de los libertadores que habían acabado con tres siglos de opresión fundando naciones libres, también darán vigencia a sus principios de lucha. Estaba plenamente convencido de que su habilidad y conocimiento de los problemas de los países hispanos lo capacitaban para completar la lucha épica latinoamericana iniciada por Bolívar. Dotado de gran fe en los valores espirituales, cree firmemente que la América hispana necesita de sus hijos más preclaros para enfrentar y tratar de resolver los problemas inherentes al proceso de crecimiento de un período formativo; para ello trata de llevar a cabo una función iluminadora, una función analítica y una función redentora que están íntimamente relacionadas entre sí y que, en definitiva, se encaminan a ese gran propósito de defensa del ideal hispanoamericano.

La independencia de Hispanoamérica constituye uno de los temas claves de los textos que son "Madre América" y "Nuestra América", así como de las semblanzas de los héroes de la emancipación: Bolívar, San Martín, Hidalgo, Páez. Sin embargo, la pasión no le ciega el juicio y en sus profundas meditaciones del proceso separatista, si exalta la grandeza histórica de la obra cumplida por los libertadores, no oculta sus deficiencias, y con tono respetuoso y humilde pide para los errores especial indulgencia porque "se les deben perdonar sus errores porque el bien que hicieron fue más que sus faltas"¹.

Cree que la unidad continental que se fraguó contra el colonialismo español, y cuyo símbolo es Bolívar, ha de realizarse de nuevo, esta vez contra otro enemigo común: el imperialismo norteamericano.

Con proyección continental, en virtud del conocimiento que tenía de la situación de cuasi orfandad de las nacientes naciones de la América española, desea crear hispanoamericanos intachables y justos para que las gobiernen responsablemente y las hagan fuertes y libres. Pero primordialmente, a consecuencia de que presiente primero, y se convence después, de que en su momento histórico pesa sobre él una sagrada misión impostergable, dedica todas las potencias de su intelecto y su vida toda a los cubanos, porque está persuadido de que a él le corresponde redimirlos del yugo.

En 1880 comienza para Martí un nuevo y crucial período. Basado en el estudio de la vida y la sociedad norteamericanas, intensifica el análisis de las necesidades y los problemas de ambas Américas: "Nuestra América" y Cuba, así como la inquebrantable determinación de lograr la independencia de la patria chica. De ese modo, el Martí poeta y estadista latinoamericano,

se convierte en un Martí revolucionario internacional.²

Su destino le había llevado a conocer tres países del continente hispánico en tres diferentes puntos cardinales: al centro, al norte y al sur, lo que va a ayudar al afinamiento de su sentido de realidad americana. En México percibe la fraternidad continental; en Guatemala encuentra los valores primitivos: la tradición, el paisaje, el hombre natural. La estancia de medio año en Venezuela va a motivar el impulso final en una de las dos direcciones que regirán el curso de su vida: la dirección americanista. Con el contraste de su pasado y de su presente, en Venezuela encuentra toda la dimensión trágica de América; porque allí se da cuenta de los funestos resultados del caudillismo.

Por otra parte, los inconvenientes políticos que le habían hecho abandonar esos tres países no hacen sino acrecentar su fidelidad a los pueblos que, ricos de virtudes esenciales, son objeto de un violento vaivén entre la anarquía y el despotismo, consecuencias derivadas de haberles impuesto formas ajenas a su condición social e histórica.

Martí rechaza la imitación de la cultura occidental en "Nuestra América" para propiciar el desarrollo de lo autóctono. Y se indigna y condena la ceguera de los hombres públicos que, indiferentes a las propias peculiaridades étnicas, históricas y sociales, tratan de someter los procesos históricos a cánones extranjeros, creyendo así poder solucionar todos los problemas nacionales. "A adivinar salen los jóvenes al mundo con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen".³

Conociendo el sistema de represión e injusticia de la monarquía, aspiraba para su isla un gobierno republicano. Sin embargo, al observar

los frecuentes abusos de los principios republicanos en otras partes del mundo, en varios países de Latinoamérica y sobre todo, en los Estados Unidos, estaba convencido de que el sistema no constituía la solución de todos los problemas.

Martí ve claro que su deber es luchar por la independencia de su rincón americano y para ello cuenta con un poderoso instrumento: la pluma; y con un gran muestrario de ejemplos: los Estados Unidos. A su regreso a Nueva York comienza a escribir las crónicas para el periódico La Opinión Nacional de Caracas. Consideraba su pluma demasiado valiosa para desperdiciarla.

De nuevo en la metrópoli, sigue soñando en la redención de su isla antillana, pero sin dejar de pensar en la obra más grande de redimir a América por la solidaridad y la cultura; tiene la convicción de que América no estará completa ni segura mientras la Isla de Cuba no sea libre.

El futuro de sus pueblos se le presenta como una difícil pugna entre elementos que pueden producir beneficios o provocar la ruina si no son tratados debidamente. Sin embargo, no puede imaginarse el futuro de sus tierras sino en función de sus relaciones con Estados Unidos. Por este motivo, piensa que el camino hispanamericano representará un angustioso ascenso rodeado de acuciantes peligros. A este respecto escribe: "De todos los peligros se va salvando América. Sobre algunas Repúblicas está durmiendo el pulpo."⁴

Aunque posee una obstinada fe en sus gentes, no por eso dejan de transparentarse las inquietudes morales que le aquejan. Piensa que para lograr la salvación de estos pueblos será necesario que se produzcan dos grandes realizaciones: aceleración de su mejoramiento material, de su ritmo

civilizador, de su justicia colectiva, por una parte; y, por la otra, el incremento de sus valores y características con plena conciencia de su destino. Esta nueva conciencia deberá eliminar "los artículos de fe" que no han desaparecido, y contraponer al "dogma católico" uno nuevo, "un artículo, el generador y el salvador; el que nos reconstruye y nos vigoriza; el Mesías de nuestro siglo libre: el trabajo"⁵

Cree que es necesario que el hombre se conozca, busque en sí mismo las fuerzas extraordinarias que modelan el avance porque puede ser fatal el progreso si no se está preparado para abordarlo. Por eso considera de capital importancia concentrarse en el desarrollo de la conciencia del hombre, extinguiendo el culto irracional.

Entusiasmado por los "Códigos Nuevos", atisba la forma de crear un derecho que corresponda a las exigencias históricas de cada región. Sabe que el germinar de los pueblos nuevos exige que a su nacimiento correspondan situaciones nuevas: "... las nuevas nacionalidades requieren nuevas legislaciones".⁶ Por eso concede a la educación y a la cultura una importancia capital ya que de ellas podrá derivarse todo el conocimiento necesario para regir y gobernar los países en todos sus niveles.

Para ello será necesario dar el primer y más importante paso: elevar a los pueblos hispanoamericanos al nivel más avanzado: "Lo que queda de aldea en América ha de despertar."⁷ Además, habrá de enriquecerse, por medios oportunos y legítimos, su expresión artística, su literatura, para que de ese modo puedan mantener un tono distintivo como un gran aporte a la cultura universal. Subraya, asimismo, el carácter mestizo de la cultura suramericana y destaca el triunfo de este último sobre el criollo exótico. "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa

erudición y la naturaleza."⁸ Insiste en que el hombre natural es bueno, y que acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle o le ofende prescindiendo de él, ya que es cosa que el hombre natural no perdona y está siempre dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica en sus intereses.

No es pues, Martí, un teórico ingenuo sino un hombre que cala hondo en las necesidades y en los problemas, pero también en las soluciones, de los pueblos suramericanos. Sabe, además, que la imposición de las tiranías radica en la ignorancia, propiciada por la incapacidad de los gobernantes de la América hispana para enfrentarse a los verdaderos problemas de sus respectivos países; y cree firmemente que, para poder remediar esta situación, será necesario crear un sistema educativo adecuado a la idiosincrasia del pueblo latino y no a la del europeo.

Esta preocupación de concentrar la divulgación de la cultura en centros docentes que pudieran satisfacer las necesidades nacionales, entronca a Martí con grandes figuras de América. Una de ellas es el maestro Andrés Bello, hombre dotado de una clara conciencia del destino histórico de los pueblos suramericanos, y excelsa figura en el campo literario.

Martí coincidía con Bello en que la educación debía centrarse, en la misma medida, en el estudio de realidades objetivas y subjetivas. Durante tres siglos la América hispana había estado bajo un régimen colonial que había negado el derecho del hombre al ejercicio de la razón y los nuevos gobernantes fallaron al no tener plena conciencia de que el problema de la independencia no era sólo cambio de formas sino de espíritu. Aunque con gran optimismo Martí veía a la América en un proceso de ascenso continuo,

analíticamente señalaba los grandes errores que había que superar: la soberbia de las ciudades capitales, el triunfo ciego de los campesinos desdeñados, la importancia excesiva de ideas y fórmulas ajenas y el desdén demostrado a la raza aborigen.

A este respecto comienza a elaborar un rudimentario programa de reformas para Cuba y "Nuestra América". Al alcanzar un mayor conocimiento de los problemas y necesidades que deberían ser resueltos en los países hispanos, la urgencia que había experimentado de liberar a Cuba del dominio español se hace más imperativa.

Su primer pensamiento es unificar a toda la América latina, y para ello exhorta a los pueblos de "Nuestra América" a considerarse todos (y cada uno) latinoamericanos antes que nacionales de sus respectivas regiones, porque sabe que, ante todo, existe entre ellos una gran afinidad espiritual. Y expresa con orgullo: "Nuestro país, es solamente uno: comienza en el Río Grande y se extiende hasta los confines de la Patagonia."⁹

Es interesante anotar que, para Martí, no era el suelo lo que definía la concepción patriótica, sino la conciencia social. Rechaza la concepción localista, el amor estrecho al terruño. Ya a los 16 años, siendo director del periódico La Patria Libre, había escrito un poema dramático, "Abdala" entre cuyos versos definía:

El amor, madre, a la patria
No es amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca;¹⁰

Sabe que la voluntad nacional levantada, armas en la mano, y

constituida en República provisional en el poblado de Guáimaro, estaba compuesta por hombres de orígenes diversos, hermanados en el combate. Junto al criollo blanco o mestizo, pelea el ex esclavo africano y el peninsular honesto y el chino leal. Para ellos no es sólo amor a la tierra en la cual han derramado su sudor, y en ocasiones la sangre, lo que los vincula, sino la opresión que atenaza parejo a unos y otros, la pobreza que se generaliza en campos y ciudades. De estos argumentos parte Martí para refutar con mayor vigor y amplitud las concepciones integristas.

La geografía sirve de auxilio a su argumentación para destruir la falacia de la "integración nacional". La distancia y la insularidad devienen pruebas evidentes de la carencia de una continuidad territorial que sirva de pretexto para defender una tierra dominada a título de conquista y coerción. Pero no formula en su totalidad el concepto de nación; más bien establece el concepto de patria que implica, además, la conciencia de pertenecer con orgullo a determinada nacionalidad. Porque para él no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria: "Patria es algo más que opresión, algo más que trozos de tierra sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas."¹¹

En su lucha independentista, Martí es enunciador de una nación nueva, en vuelos de gestación y en pleno proceso de constitución revolucionaria, en los que convergen numerosos caracteres esenciales, junto a rasgos específicos y novedosos que se ponen de relieve en el proceso de liberación.

En sus viajes por Sudamérica había descubierto que, aparte de las bellezas del paisaje y la gran riqueza natural y humana, ésta podría proveer una increíble e ilimitada tradición cultural. Por eso se siente orgulloso de haber descubierto la mágica realidad de esta gran patria que considera la suya. Puede decirse con sobrada justificación que Martí experimenta, de manera profunda y emocionada, lo que más tarde otro cubano, Alejo Carpentier, definiría como lo real maravilloso, al descubrir también la mágica realidad de Latinoamérica.

Tampoco desperdiciaba ocasión de exaltar la inteligencia, los dones artísticos y los valores morales de los antillanos y se maravillaba de las posibilidades culturales y científicas que darían auge a "Nuestra América". Al publicarse el libro de ictiología del naturalista cubano Felipe Poey, escribe con orgullo: "a una se maravillan todos los periódicos de la riqueza del Mar Antillano que rivaliza con la de la tierra de las Antillas..."¹² Debido a estos conceptos especiales, considera perentoria la necesidad de establecer relaciones económicas, políticas y culturales entre los países de la comunidad latinoamericana.

Martí defiende, asimismo, el concepto de las razas que para él tienen únicamente una connotación social y cultural. Niega este concepto para rechazar absolutamente la peligrosa gravedad de inferioridad social de que suele cargarse el término, pero utiliza la palabra para reducirla a un significado social, refiriéndose a un grupo humano histórico, más cultura que naturaleza, calificado de "carácter acumulado."¹³ Y es que considera que los problemas raciales de la América hispana son, esencialmente, problemas sociales. Y escribe:

En el mundo no hay más que una raza inferior; la de los que consultan antes que todo su propio interés, bien sea el de la vanidad, o el de la soberbia, o el de su peculio; y no hay más que una raza superior; la de los que consultan ante todo el interés humano.¹⁴

Tenía plena conciencia de que los problemas de los indios y de los negros, cuyas grandes masas podían constituir un gran baluarte para el desarrollo del continente, se solucionarían si los gobernantes, lejos de adoptar una actitud de desdén y de abandono hacia ellos, los tomaran en cuenta y se lanzaran a una inteligente política de educación y capacitación social. El indigenismo de Martí esconde el secreto de la liberación plena de aquellos países donde el indio constituye una nacionalidad oprimida.

Sabía que el problema de las dos razas, la india y la negra, era consecuencia de los siglos de explotación y miseria a que habían sido sometidas durante la época colonial, situación que el advenimiento de las nuevas repúblicas no había logrado superar. Sabía, asimismo, que las responsabilidades y deberes inherentes a un gobierno justo constituían una tarea excepcionalmente difícil que sólo podría ser acometida por un dirigente con gran experiencia y honestidad.

Daba las pautas que deberían seguirse para ser un buen gobernante en América, declarando que no podría gobernar bien el que conocía cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabía, en primer lugar, de qué elementos estaba compuesto el país. Porque gobernar a un país nacido de la mezcla de indios y negros calándose las gafas de los franceses o de los norteamericanos, era tan nocivo como dejar sucumbir la independencia nacional bajo el pretexto de la unidad continental o universal. Y dice que para que un gobierno pueda efectuar una labor digna y responsable debe aprender cabalmente el ejercicio de esta función política. El arte de

governar requiere el conocimiento de factores reales del país y, sobre todo, una gran honestidad y coraje para declarar en voz alta la verdad sobre los vicios y defectos, en vez de ocultarlos o envolverlos hipócritamente en un manto patriótico falso e interesado.

Con el conjunto de estos elementos podrían ir guiándose para llegar, por métodos e instituciones nacidos del país mismo, al estado apetecible donde cada hombre se conoce, ejerce y disfruta de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. Y no sólo el gobierno debe nacer del país; el espíritu del gobierno ha de ser también del país; y la forma de gobernar ha de avenirse a la constitución propia del país. "El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país."¹⁵

El programa que proponía para el total desarrollo de América Latina, incluía aspectos económicos, sociales y políticos: la necesidad de contar con un desarrollo agrícola a nivel internacional y una equitativa distribución de las riquezas, ya que ello garantizaría una verdadera justicia social. Estaba convencido de que el bienestar social y económico se lograría por medio de la agricultura. La explotación minera, en la que Suramérica era sumamente pródiga, enriquecería solamente a unos pocos y dejaría a la mayoría en la misma situación de abandono; la mano de obra empleada en las minas sería considerablemente menor que la que se necesitaba en la agricultura.

Abogaba, asimismo, por el derecho del obrero a organizarse, por las huelgas y por la solidaridad de todos los trabajadores para lograr una justa remuneración. Era también esencial limitar los poderes de la iglesia y su influencia dentro de la comunidad sociopolítica así como ponerle veto

a la enseñanza religiosa en el sistema docente estatal.

Martí deseaba que la independencia fuera completa, lo que conllevaba a efectuar transformaciones económicas y democráticas profundas. Aunque sabía que los fundamentos de un sistema democrático tienen que enraizarse necesariamente en el sistema general capitalista, deseaba que la República cubana y las otras Repúblicas satisficieran los anhelos y las necesidades de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de las desigualdades sociales y el establecimiento de una equitativa distribución de la riqueza.

En teoría al menos, Martí no era un dogmático anticapitalista. Admiraba y defendía vigorosamente el derecho del individuo a obtener mejores condiciones de vida por medio del trabajo, pero se manifestaba liberal al apoyar la empresa libre, aunque condenaba a aquellos que consideraban la explotación de otros como medio para crecer y enriquecerse sin medida. De manera realista aceptaba que no todos los hombres podían ser iguales en un contexto sociopolítico, pero también creía que no existían razones de peso para que una parte de la raza humana fuera vilmente explotada por otra en minoría.

Para Martí existían dos clases de riqueza, que él llamaba los ricos de primera y segunda generaciones. A la primera pertenecían aquellos que habían obtenido su riqueza por medio del trabajo duro y la iniciativa personal, la cual era considerada respetable; mientras que la riqueza de la segunda generación ejemplificaba el peligro de la desmedida y nunca satisfecha ambición que motivaba la corrupción, tanto de los que la poseían como de los que vivían a su sombra.

Pese a todas las preocupaciones que experimentaba por la liberación

de ambas Américas, la idea obsesiva, la que no lo dejaba descansar un momento, era lograr, en primer lugar, la liberación de sus dos pequeñas islas. E insistía en que para que la independencia de Nuestra América fuera posible, era necesario lograr primero la de Cuba y Puerto Rico. Sin liberar a estas dos islas caribeñas, no sería viable lograr la libertad para la totalidad del Continente suramericano. La revolución cubana debía tener como objetivo, además de liberar a Puerto Rico del yugo español, levantar, con su triunfo, un farallón inexpugnable a todas las expansiones futuras y a la expansión norteamericana ya en proceso imperialista. Es en este discernimiento, alimentado por la fe en el destino común, que Martí resuelve su condición de ardiente patriota cubano y de consecuente ciudadano de cualquier rincón de América.

Su clara inteligencia política y su experiencia de ciudadano libre, le hace percibir los latentes propósitos expansionistas del Norte. Aunque sabe que esta gran nación se encuentra en la proximidad del otro mundo, el Sur, solamente podría ser germen de fructíferas empresas comunes si la América hispana imponía el respeto que merecía su dignidad. Su idealismo no era vaguedad o mera ilusión, sino un fin, un propósito, un mundo para él superior y supremo. Su utopía no caía en el concepto de iluso, sino en el de aquellos seres dispuestos a sentir y vivir en un anhelo constante de perfeccionamiento humano.

Su obra, en la que el concepto de libertad es tan esencial, y en la que la racionalización del poder público deberá estar encaminada en todo momento al respeto y a la dignidad del hombre, está centrada en el amor y, por tanto, alejada de todo matiz de odio y de lucha de clases.

Pero este lema de amor, de conciliación, de armonía, no conlleva,

en modo alguno, olvido de la necesidad que tienen los pueblos de enfrentarse a sus problemas, sino el afán de unir todos los elementos de los mismos en una gran empresa común. Preveía un nuevo resurgimiento económico latinoamericano por medio de la industria. Así, en un artículo publicado en Nueva York, en 1883, titulado "La industria en los países nuevos" expresa esta esperanza:

Qué bueno fuera que, con ojo seguro, los acaudalados del país se dieran a ayudar las verdaderas industrias de México, que no son las imitaciones pálidas, trabajosas o contrahechas de industrias extranjeras, sino aquellas nacidas del propio suelo, que ni para vivir necesitan pedir prestado el alimento a pueblos lejanos, sino que trabajan de cerca e inmediatamente los suyos propios.¹⁶

Un importante factor de identificación con Nuestra América se desarrolla en México, al ser Martí testigo de las maniobras de Porfirio Díaz para arrebatarse el poder a Lerdo de Tejada.¹⁷ De la misma manera que había condenado el cruel dominio que España ejercía en la isla de Cuba, así reacciona con indignación ante las tácticas oscuras del General Díaz. El triunfo de este último convence a Martí de que su conciencia no puede cerrar los ojos y aceptar métodos que siempre ha condenado, y a pesar del placer que le produce vivir en tan hermoso país, siente la necesidad de abandonarlo. Más tarde tendrá que hacer lo mismo en Guatemala y en Venezuela, pero esta vez habrá reforzado su interés en llevar a cabo reformas políticas.

Lo primero que Martí aprende es que el mayor peligro, el que hay que evitar a toda costa, es el del caudillismo, así como cualquier otra forma de gobierno militar. Por tanto dice que los militares de carrera, por la misma naturaleza de su formación educativa, no son capaces de

comprender las necesidades reales del pueblo. Y pone como ejemplo al General Grant, que si bien admitía que había sido un excelente militar, lo consideraba un presidente que había gobernado como si el país fuera un campo de batalla y su puesto presidencial una silla de montar.

Manteniendo en todo momento la misma línea de conducta, y en defensa de sus incorruptibles convicciones, en 1884 se separa del Movimiento Revolucionario de Liberación Cubano al darse cuenta de las intenciones del General Gómez y de Maceo de imponer en la isla un gobierno militar, una vez lograda su liberación. Su integridad y su conciencia no le permitían prestar apoyo al cambio del despotismo político actual, por el despotismo personal, mil veces peor. En esa oportunidad escribe al General Gómez comunicándole su decisión y expresando, con mucho respeto, porque él cree que es un hombre bueno: "Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento."¹⁸

Esta separación le vale la crítica de sus compatriotas, pero la triste realidad no le arranca un apóstrofe y solamente dice: "La honra puede ser mancillada. La justicia puede ser vendida. Pero la noción del bien flota sobre todo y no naufraga jamás."¹⁹

Y a pesar de los ardientes deseos de lograr la liberación de su querida Isla, descubre que "una cosa es el anhelo de ver triunfar la justicia, y otra condenarla por las mismas fuerzas que la pretenden conquistar; una cosa es la transformación de la sociedad, y otra ir disfrazado de cambio para seguir en el desequilibrio y en el abuso."²⁰

Martí no cree en ninguna alteración social que no esté garantizada por la libertad, aunque sabe bien que hay una libertad burguesa y una libertad proletaria; una ancha y otra encogida; pero, aun así, la considera

indispensable para el progreso de la sociedad. Ante los sistemas imperfectos de esa época (y de la nuestra) sólo hay esperanza en ese credo martiano donde el ejercicio natural de la libertad pugne, ensaye y demande, con la urgencia que lo requiera, los cambios necesarios para lograr, en una honda transformación social, lo que él llamó la dignidad plena del hombre.

CONCLUSION

Hay hombres de talento que con sus pensamientos y palabras nos hacen creer que predicán el bien, pero sus obras están lejos de coincidir con lo que predicán; profesionales y políticos que invocan grandes causas y en la práctica las escarnecen; pero la característica de los hombres superiores, la determinante de su grandeza, radica en la estricta concordancia entre las palabras y los actos. En este sentido es necesario hacer hincapié en esta admirable consecuencia que Martí guarda entre lo que hace y lo que postula.

A pesar de que el gran poeta y estadista cubano pensó su mundo (Cuba, América Latina, Estados Unidos) mediante un código y un sistema de valores de signo idealista y de formación espiritualista, como hombre de acción supo dedicar a la realidad objetiva y a la experiencia político-social de su tiempo, una atención verdaderamente práctica. No cabe duda de que Martí interpretó con verdadera justeza su realidad histórica.

Buen conocedor de la historia de ambas Américas, los temores de Martí tenían una base atrozmente sólida, base adquirida por haber visto desde su interior la transformación de la naturaleza del capitalismo norteamericano y por haber sido un lúcido crítico de esta transformación. Sabía que la posibilidad de que se frustrara la independencia de Cuba estaba vinculada al crecimiento norteamericano desde comienzos del siglo XIX y que la expansión territorial de Estados Unidos a expensas de España y

de los países hispanoamericanos no iba sino a añadir un nuevo capítulo al caso cubano. El otro capitalismo incipiente había devorado ya la Florida, Texas, California (haciendo caso omiso de si las tierras hubieran sido previamente españolas o mexicanas), capitalismo premonopolista, todavía no imperialista en el sentido moderno de la palabra.

En verdad que la supuesta ejemplarizante historia de los Estados Unidos (incluso para avanzados progresistas europeos) era ya, como Martí había contemplado con visión profética, una historia de constantes depredaciones territoriales. Cuba tenía su turno señalado; y tras Cuba, la América Latina toda.

En este contexto, habiendo interpretado correctamente la realidad histórica en la que se movía, sus previsiones resultaron absolutamente acertadas. La libertad e independencia de su isla no se gestó en la forma por él soñada. Pero es indudable que la lucha revolucionaria cubana, encabezada por Martí, fue la primera acción organizada contra el imperialismo yanqui.

Martí fue un hombre íntegro, probado en el peligro y fuera de él; en la bienandanza como en la aflicción; en la miseria como en el esplendor. Fue convencido sacerdote de una causa, tuvo que predicar con el ejemplo y con el ejemplo predicó. Con una fe inquebrantable y profunda en el pueblo, demostró, frente a la propaganda colonial y autonomista, que no había peligro para Cuba en la independencia, sino en la esclavitud.

Llegó a borrar de la mente de los cubanos todo el prejuicio de razas; atrajo a muchos españoles, porque llamaba a su corazón pidiéndoles, como hermanos, su abstención digna o su ayuda liberal; y supo soslayar

la preocupadora política yanqui y, al mismo tiempo, obtener el apoyo moral y la simpatía del pueblo norteamericano, tan necesario para la causa cubana.

Y, sobre todo, ese mensaje orientador suyo perdura en los hechos creadores, ilustrativos, que llenan toda su vida. Esta afirmación se evidencia en su labor tenaz y valiente de periodista enérgico y progresista, en su defensa apasionada de la libertad, en su combatir infatigable contra los intereses creados y los convencionalismos de todo orden, sin temor a lo adverso de las circunstancias. Martí quería que el deber se cumpliera, y para ello se arriesgó continuamente en polémicas y luchas sin preocuparse por los riesgos que estaba enfrentando, lo mismo en los años de destierro como en su propia patria. El Maestro ciertamente escribió para dos tiempos; para el suyo y para el porvenir, y su presente estaba condicionado a su confianza en sus compatriotas y en el hombre latinoamericano; y esta confianza en los cubanos y en los latinoamericanos representaba para él el futuro de Cuba y de "Nuestra América".

A Martí debe admirársele no porque haya poseído carisma, o favor divino, o gracia o talento concedidos por Dios, sino porque lo adornaban virtudes humanas admirables que obligan a creer que existen todavía seres que elevan a la raza humana por encima de todas las miserias morales.

El 19 de mayo de 1895 cayó en los campos de Cuba, como él había previsto y deseado en uno de sus versos. Pero Martí no murió, porque los grandes hombres jamás mueren, sino que alumbran con su luz un camino de esperanza que sirve de guía a las generaciones presentes y futuras.

El hecho de que su nombre haya sido utilizado como fuente de inspiración por grupos independentistas tan dispares ideológicamente,

demuestra la importancia fundamental que le asignan como símbolo de ciudadanía y como ejemplar cubano al que todos los demás nativos de la República deberían imitar.

- - - - -

NOTASINTRODUCCION

¹Rafael María Mendive era un poeta y periodista cubano. Hombre muy conocido y respetado en su época (tanto en Cuba como en España), acogía a todos aquellos que deseaban liberar a Cuba de la dominación española. En su escuela se formaron numerosos jóvenes revolucionarios. Para Martí fue una figura de inspiración y sobre él escribe un artículo en El Porvenir de Nueva York, en julio de 1891. (José Martí, Obras Completas, t. 6, p. 250)

²Isidro M. Méndez, José Martí, Estudio biográfico. Agence Mondiale de Librairies, 1925, p. 58 (La mayor parte de los datos biográficos que aparecen en la introducción fueron sacados del libro de Méndez.)

³José Martí, Obras Completas, La Habana: Ed. Nacional de Cuba, 1963, t. 1, p. 39. (Se trata de una pequeña nota escrita por Martí el 4 de octubre de 1869). (Salvo indicación contraria, las referencias a las citas de Martí corresponden a la misma edición).

⁴Ibidem, t.1, p. 43, en su libro El Presidio Político en Cuba, publicado en Madrid a las pocas semanas de la llegada de Martí a España. El libro se imprimió en la imprenta de Ramón Ramírez, en 1871, cuando Martí contaba solamente 18 años de edad.

⁵Ibidem, t. 16, p. 74-75. Martí publicó su libro de Versos sencillos en Nueva York el año 1891. Según reza en la Introducción, fueron escritos entre el año 1889-1890. El libro consta de 46 poemas y es considerado el punto culminante de su obra poética.

⁶José Martí, Obras Completas, t. 16, p.78-79, también en Versos sencillos. El poema consta de nueve estrofas de cuatro versos.

⁷José Martí, Letras Fieras, p.350 (Obras Completas, t. 6, p.102) Brindis en el banquete celebrado en honor de Adolfo Márquez Sterling, en los altos de El Louvre, La Habana, el 21 de abril de 1879.

⁸Alberto Andino, Martí y España, p. 28. Se trata de una carta privada escrita por Martí el 17 de enero de 1871, en el buque que lo llevaba al destierro. Andino menciona este detalle. Cabe señalar que las impresiones experimentadas durante el primer destierro, pueden aplicarse también al segundo. (Véase bibliografía).

⁹José Martí en los Estados Unidos, prólogo y notas de Andrés Sorel, en Libro de bolsillo de Alianza Editorial S.A., Madrid: Ed. Castilla, S.A., 1968.

¹⁰José Martí, Obras completas, t.11, p. 337, en "La Guerra Social en Chicago", publicado en La Nación el 12 de enero de 1888.

¹¹Ibidem, t. 4, p. 167. Esta carta fue escrita a Manuel Mercado desde el campamento de Dos Ríos el 18 de mayo de 1895. Martí mantuvo una nutrida correspondencia con todos sus colaboradores.

¹²Ibidem, t. 8, p. 161. El ámbito de los escritos martianos es realmente impresionante. Figuras americanas como las mencionadas ocuparon lugar preeminente en su admiración. Whitman, sobre todo, ejerció una gran influencia en su estilo.

¹³Isidro Méndez, José Martí, Estudio biográfico, p. 85

¹⁴José Martí, Obras Completas, t. 8, p. 153, en el homenaje a Cecilio Acosta, publicado en la Revista Venezolana el 15 de julio de 1881. Martí cita una expresión de Cecilio Acosta.

¹⁵Ibidem, t. 11, p. 173. Carta de Martí a La Nación, publicada el 5 de mayo de 1887.

¹⁶Ibidem, t. 16, p. 155, en Versos sencillos. Con el título "Los pobres de la tierra", existe otro artículo publicado en Patria, New York, el 24 de octubre de 1894 (t. 3, p. 301).

¹⁷Ibidem, t. 11, p. 47. En "Carta de Nueva York" que trata sobre el conflicto entre México y los Estados Unidos, publicada en la República (Honduras), en 1886.

¹⁸Ibidem, t. 1, p. 45, en El Presidio político en Cuba (1871)

CAPITULO I

¹Norteamérica estaba en esos momentos en la pendiente ascendente de su auge económico y su desarrollo industrial constituía la admiración de los demás países. (Véase Charles A. Beard, Contemporary American History).

²José Martí, Obras Completas, t. 9, p. 123, publicado en La Pluma (Bogotá) el 3 de diciembre de 1881, bajo el título "Coney Island".

³ I b i d e m .

⁴Ibidem, t. 10, p. 132

⁵Ibidem, t. 13, p. 73, Crónica al General Grant, publicada en La Nación el 19 de diciembre de 1885.

⁶Ibidem, t. 12, p. 131, Crónica dedicada a Whitman, publicada en El Partido Liberal el 19 de abril de 1887, que constituye uno de los mejores estudios que se hayan hecho sobre el poeta.

⁶José Martí, Obras Completas. (Véase la nota 6)

⁷Ibidem, t. 11, p. 97. Martí escribió este artículo el 29 de octubre de 1886 y se publicó en La Nación el 1º de enero de 1887. Fue tal el impacto que causó en Domingo Faustino Sarmiento, escritor y en ese entonces Presidente de la República Argentina, que sugirió su inmediata traducción al francés.

⁸Ibidem, t. 7, p. 98

CAPITULO II

¹Salvador Morales, Ideología y Luchas Revolucionarias de José Martí, La Habana: Ed. Ciencias Sociales, 1984 , p. 19. (En los Estados Unidos existían numerosas agrupaciones de patriotas cubanos. Martí trata de reunirlos a todos y más tarde llega a formar el Partido Revolucionario Cubano, cuya misión será la de luchar en forma coordinada por la liberación de su patria).

²José Cantón Navarro, Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 12

³José Martí, Obras completas, t. 6, p. 137 (Discurso pronunciado en la Sociedad Hispanoamericana, en Washington, el 19 de diciembre de 1889).

⁴Ibidem, p. 46. Crónica publicada en dos partes en el periódico La Nación, los días 10 y 20 de diciembre de 1889

⁵Ibidem, t. 6, p. 158. Discurso pronunciado en la Conferencia Monetaria Internacional. La crónica fue preparada por Martí para la Revista Ilustrada, de Nueva York, y se publicó en el número de mayo de 1891

⁶José Martí, Obras Completas, t. 1, p. 515. Publicado en Patria el 23 de marzo de 1894

⁷Roberto Agramonte, Martí y su concepción de la sociedad, p. 130.

⁸José Martí, Obras Completas, t. 19, p. 106.

⁹José Martí, Obras completas, t. 19, p. 106

¹⁰Ibidem, t. 19, p. 107

¹¹Ibidem

¹²Ibidem

CAPITULO III

¹Véase la Nota 11 de la INTRODUCCION (Bibliografía)

²El largo período pasado en los Estados Unidos y su intensa actividad como periodista y activista revolucionario acreditan esta afirmación.

CAPITULO IV

¹José Martí, Obras completas, t. 10, p. 78, bajo el título "La Clase obrera en los Estados Unidos", publicado en La Nación el 10 de febrero de 1886.

²Ibidem, p. 105

³Ibidem, t. 11, p. 158 (Carta dirigida a la Nación el 15 de abril de 1887, en la que habla de la huelga del carbón).

⁴Ibidem, p. 66, La segunda parte de "La Clase obrera", se publicó en La Nación el 12 de febrero de 1887.

⁵Ibidem, t. 9, p. 445 Artículo "Se mueren los niños", insertado en Carta a La Nación del 21 de octubre de 1883.

⁶José Martí, Obras Completas, t. 11, p. 255, en "Cartas de Martí", Movimiento social y político de los Estados Unidos, publicado en La Nación el 4 de mayo de 1887.

⁷Ibidem, t. 11, p. 173.

⁸Ibidem, (Véase la nota 1)

⁹Ibidem, t. 11, p. 290, La Nación, 15 de mayo de 1887

¹⁰Ibidem, p. 19. En "Nueva York en junio", La Nación, 15 de agosto de 1886.

¹¹Ibidem, p. 22

¹²Ibidem, t. 13, p. 237. "La verdad sobre los Estados Unidos", publicado en Patria el 23 de marzo de 1894

¹³Ibidem, t. 9, p. 317, "Capitalistas y obreros", La Nación, 27 de enero de 1884.

¹⁴Ibidem, p. 321

¹⁵Ibidem, t. 11, p. 173. "Movimiento político en los Estados Unidos", publicado en Patria el 5 de mayo de 1887

¹⁶Ibidem, t. 13, p. 387. Con motivo del Centenario de la muerte de Washington.

¹⁷Ibidem, t. 13, p. 379 En "El Centenario norteamericano", La Nación, 21 de junio de 1889.

^{17a}Ibidem

¹⁸José Martí, Obras Completas, t. 9, pp. 53-56 Martí dedica numerosas crónicas al atentado del Presidente Garfield, ocurrido en julio de 1881, de cuyas heridas murió en septiembre del mismo año. En ellos relata las vicisitudes del juicio considerado como el más espectacular de aquella época en los Estados Unidos. Es impresionante también la crónica sobre el terremoto de Charleston.

18aIbidem

19Ibidem, t. 21, p. 441, en "Carta al General Máximo Gómez", del 23 de noviembre de 1893.

20Luis Araquistain, El Peligro Yanqui, p.48

21Ibidem, p. 50. En la correspondencia particular para el Partido Liberal (México), Martí hace también una descripción de la formación de la Orden de los Caballeros del Trabajo. La Orden había sido formada por un sastre de Filadelfia, Uriah Stevens, en colaboración con otros cortadores de oficio. Aunque Stevens había nacido de padres ricos, sintió tanta preocupación por las clases desposeídas que decidió pasar su vida entre ellas. En cartas sucesivas, enviadas al mismo periódico, hace un recuento de las actividades de esta orden.(20 de marzo de 1885, t. 10, p. 155).

22José Martí, Obras Completas, t. 11, p. 387 El 13 de noviembre de 1887 Martí escribe esta larga crónica a la Nación. El Proceso de Chicago conmovió a todo el país y fue uno de los procesos más sonados en la historia de los Estados Unidos.

23Ibidem, T. 8, p. 382, en "La Inmigración inculta y sus peligros", publicado en La America, New York, en febrero de 1884.

23aIbidem

24Ibidem, t. 8, p. 380, "Las huelgas y el Proceso de Chicago", publicado en "La America", Nueva York, en febrero de 1884.

25Ibidem, pp. 377-380, Existen varios artículos sobre este tema.

26Ibidem, T. 11, p. 332, "Un drama terrible", en La Nación, el 1 de enero de 1888.

27Ibidem, p. 335

²⁸José Martí, Obras Completas, t. 11, p. 403. "Las huelgas en los Estados Unidos", La Nación, 9 de mayo de 1886.

²⁹Ibidem, p. 350

³⁰Ibidem, p. 353

³¹Ibidem, p. 420

³²Ibidem, p. 345. En el Artículo "El Proceso de Chicago". Martí califica al Gobernador Oglesby de anciano flojo, "rendido a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada" (Véase nota 26).

³³Ibidem, t. 12, p. 249 "El asesinato de los italianos", La Nación, el 20 de mayo de 1891.

³⁴Ibidem, p. 252

³⁵Ibidem, p. 253

³⁶Ibidem, t. 8, p. 382

^{36a}Ibidem

³⁷Ibidem, t. 12, p. 15 (Véase nota 23) Existen varios artículos sobre el mismo tema. "Guerra a la inmigración perniciosa", "Influencia de la inmigración en los Estados Unidos", etc., publicados todos en La Nación en 1888.

³⁸Ibidem, p. 22

³⁹Ibidem, p. 28

⁴⁰Ibidem, t. 12, p. 15. "Consecuencias de la inmigración", en La Nación, el 3 de mayo de 1888.

⁴¹José Martí, Obras Completas, t. 10, p. 320. "Los Indios en los Estados Unidos". Los artículos sobre los indios son numerosos. Sobre este tema, además del que se menciona, que se publicó en la Nación en 1886, están los de los "Cheyennes y Cheroqueses", "Los últimos indios", "Indios y negros", fragmentos que, unidos a los múltiples diseminados en sus crónicas, ahondan las precisas opiniones que el escritor cubano tenía sobre este problema y cuáles eran las soluciones que, a su modo de ver, debían propugnarse.

⁴²Ibidem, p. 321, (Véase la nota 41), publicado en la Nación el 4 de diciembre de 1885

⁴³Ibidem, t. 6, p. 327, "Los Indios americanos". publicado el 14 de septiembre de 1875

⁴⁴Ibidem, p. 329

⁴⁵Ibidem, t. 12, p. 335 "Los negros en los Estados Unidos" y "El problema negro" fueron publicados en La Nación en 1886 y en 1889.

⁴⁶Ibidem, t. 19, p. 117

⁴⁷Ibidem, t. 9, p.279. "San Francisco cierra sus puertas a los chinos", publicado en la Opinión Nacional el 31 de marzo de 1882.

⁴⁸Ibidem, t. 9, p. 281, "Los Estados Unidos cierran las puertas a los chinos", del 31 de marzo de 1882. "San Francisco contra los chinos" y "Los Estados Unidos cierra sus puertas a los chinos" son dos partes de las crónicas escritas por Martí el 12 de mayo de 1882 y el 23 de mayo del mismo año, y se publicaron en el Periódico La Opinión Nacional de Caracas.

⁴⁹Ibidem, t. 11, p. 216. "La mujer norteamericana", La Nación, el 10 de agosto de 1887.

⁵⁰Ibidem, t. 6, p. 48.

⁵¹José Martí, Obras Completas. 9, p. 287. "Importancia de la mujer en la vida norteamericana", en La Opinión Nacional, el 11 de abril de 1882.

⁵²Ibidem

⁵³Ibidem

⁵⁴Ibidem, Hellen Hunt Jackson era una gran defensora de los indios y trataba de aliviar su situación.

⁵⁵Ibidem

⁵⁶Ibidem

⁵⁷Ibidem. El 17 de octubre de 1886 aparece otro artículo en el que Martí escribe con gran admiración del coraje y valentía de la Sra. Parson.

CAPITULO V

¹Luis Araquistain, El Peligro yanqui, p. 47

²Ibidem, p. 54-55

³Foster Rhea Dulles, The United States since 1865, p. 81

⁴Hugh Broogan, The Longman History of the United States of America, pp. 125-129

⁵Araquistain, El Peligro Yanqui, p. 58

⁶Ibidem

⁷Foster Rhea Dulles, The United States since 1865, p. 84

⁸Biógrafo y político norteamericano. Llevó a cabo una tenaz campaña contra los partidarios de los monopolios y fue jefe del movimiento radical del tercer partido. (1831-1901). (En Enciclopedia Ilustrada, t. 3, p. 2894)

⁹ibidem

¹⁰Charles A. Beard, Contemporary American History, p. 98

¹¹Ibidem, p. 15

¹²Ibidem, p. 118

¹³Ibidem, p. 89

¹⁴Hugh Broogan. The Longman History of the United States of America, pp. 125-129.

¹⁵Federico Gil, Latin America-United States Relations, p. 124

¹⁶Hugh Broogan, The Longman History of the United States of America, p. 140

CAPITULO VI

¹José Martí, *Obras Completas*, t. 6, p. 131. "Nuestra América" (Discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de New York, el día 19 de diciembre de 1889, en honor a los delegados a la Conferencia Internacional de Washington.

²Salvador Morales, Ideologías y luchas revolucionarias de José Martí, en artículo "Ideas Anticoloniales", p. 37

³José Martí, *Obras Completas*, t. 6, p. 133-40, en "Nuestra América", *El Partido Liberal (México)*, el 30 de enero de 1891.

⁴Ibidem, p. 141

⁵Ibidem, 136

⁶Ibidem

⁷Ibidem, t. 6, p. 15 "Nuestra América", Nueva York, noviembre de 1884.

⁸José Martí, Obras Completas, t.6, p. 17, El Partido Liberal (México) el 3 de enero de 1891.

⁹Ibidem

¹⁰Ibidem, La Revolución de 1868, Instituto del Libro, p. 51

¹¹Ibidem, Obras completas, t. 6, p. 128

¹²Ibidem, t. 5, p. 97

¹³Ibidem, t. 6, p. 22

¹⁴Ibidem, t. 2, p. 133. "Política insuficiente", en Patria, Nueva York, el 14 de enero de 1893.

¹⁵Ibidem, (Véase nota 3)

¹⁶Ibidem, t. 13, p. 58, "La industria en los países nuevos", El Partido Liberal (México) el 2 de marzo de 1891.

¹⁷Martí no acepta que Porfirio Díaz utilice la fuerza para derrocar a Lerdo de Tejada pues consideraba que los cambios debían lograrse por medios democráticos.

¹⁸Ibidem, t. 1, p. 177. Fracasada la guerra chiquita y tras una estancia de varios meses en Venezuela, Martí reanuda, en 1882, su labor de agitación y coordinación revolucionaria desde New York. En 1884 participa en los planes expedicionarios de Máximo Gómez y Antonio Maceo; sin embargo, en octubre de ese mismo año decide separarse del proyecto y expresa su desacuerdo con los criterios personalistas que a su juicio animan al General Gómez.

¹⁹Ibidem, t. 13, p. 65

²⁰Ibidem, t. 8, p. 39

BIBLIOGRAFIA

- Agramonte, Roberto D. Martí y su concepción de la sociedad. Universidad de Puerto Rico: Centro de Investigación Social, 1979.
- Andino, Alberto. Martí y España. Buenos Aires: Playor, S. A., 1973.
- Andrews, Benjamin E. History of the United States, V. 5. New York: Charles Scribner's Sons, 1912.
- Araquistain, Luis. El peligro yanqui. Valencia: Editorial Sampere, 1929
- Augier, Angel. Acción y poesía en José Martí, Centro de estudios martianos. La Habana: Editorial Letras cubanas, 1982.
- Beard, Charles A. Contemporary American History. New York: The MacMillan Company, 1921.
- Beard, Charles A. y Mary. The Rise of American Civilization. New York: The MacMillan Company, 1930.
- Benítez, José A. Martí y Estados Unidos. La Habana: Editora Política, 1983.
- Broogan, Hugh. The Longman History of the United States of America. New York: William Morrow and Company, 1985.
- Bushnell Hart, Albert. American History told by Contemporaries, V. 4. New York, The McMillan Company, 1919
- Canton Navarro, José. Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1970.

- Cary Davis, J. Martí on the USA. Illinois: Southern Illinois University Press, (selected and translated with an introduction by Luis A. Baralt), 1966
- Christopher, Abel y Nissa Torrents. José Martí, Revolutionary Democrat. Durham: Duke University Press, 1986.
- Cohen, Henning. The American Culture. Boston: Houghton Mifflin Company, 1968.
- Coronel Urtecho. Anotaciones sobre José Martí. La Habana: Revista Casa de las Américas Núm. 143, marzo-abril, 1984
- En Torno a José Martí. Coloquio Internacional celebrado bajo los auspicios de la Biblioteca Nacional de Cuba. Bordeaux: Editorial Bière, 1974.
- Coloquio Internacional celebrado bajo los auspicios de Sala José Martí Foundation de Estados Unidos, Institut d'études Ibériques et Ibero-Américaines de l'Université de Bordeaux III. Bordeaux: Editions Bière, 1973.
- Entralgo, Elías. Ideas políticas y sociales. José Martí. (Selección). La Habana: Editorial Nuevo Mundo, 1960
- Espina, Antonio. Un autor en un libro, Martí. Estudio y Antología. Madrid: Cia. Bibliográfica Española, S. A., 1969.
- Foner, Philip S. Our America by José Martí. Nueva York: Monthly Review Press, 1977.
- The Spanish-Cuban. American War and the Birth of American Imperialism, Vol. I. New York: Monthly Reniero Press, 1972
- Foster Rhea Dulles. The United States since 1865. Michigan: The University of Michigan Pres, 1959.

- Gil, Federico G. Latin American-United States Relations. New York: Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1971.
- Glanert, Earl T. and Sangley, Lester D. The United States and Latin America. Massachusetts: Addison-Wesley Publishing Company, Inc., 1971.
- Graham Brooks, John. As Others see Us. New York: The MacMillan Company, 1909.
- Griñán Peralta, Leonardo. Martí, Líder político. La Habana: Instituto del Libro, 1970.
- Harding, Warren G. The Latin American Policy. Texas: Texas Christian University Press, 1976.
- Haring, Clarence H. South American Looks at The United States. New York: The MacMillan Co., 1929.
- Hughes, Charles Evans. Relaciones con las otras naciones del Hemisferio Occidental. New Jersey: Princenton University Press, 1929.
- José Martí ante la crítica actual. (En el centenario de Ismaelillo). Círculo de Cultura Panamericana. New York: Editora Elio Alba-Buffill, 1983.
-, Letras Fieras. Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981.
-, Obras Completas. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963-65.
-, Otras Crónicas de Nueva York. Colección Textos martianos. La Habana: Editora Ciencias Sociales, 1983.
- Kirk, John M. Martí Mentor of the Cuban Nation. Tampa: University of South Florida, 1983.

- Mañach, Jorge. Martí, El Apóstol. 5a. Ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- Marinello, Juan. Martí, escritor americano, Martí y el Modernismo. La Habana: Impresora Nacional de Cuba, 1962.
- Obras Martianas. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1987
- Martí, José. Antología Mínima. Selección y notas de Pedro Alvarez Tabío. La Habana: Ediciones Políticas, 1972.
- Nuestra América. Prólogo de Juan Marinello. España: Biblioteca Ayacucho, 1977-1985.
- Martí, José. Obras completas. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- May, Ernest R. Imperial Democracy. "The Emergence of America as a Great Power. New York: Harcourt, Brace and World Inc., 1961.
- Mejía Sánchez, Ernesto. "Otras crónicas de Nueva York", La Habana: Ed. Ciencias Sociales (Centro de estudios martianos), 1983
- Méndez, Isidro M. José Martí, Estudio biográfico. Madrid: Agence Mondiale de Librairies, 1925.
- Morales, Salvador. Ideología y luchas revolucionarias de José Martí. La Habana: Editora Ciencias sociales, 1984.
- Morison, Samuel Eliot. The Oxford History of the American People, Vol. 3. Nueva York: The New American Library, Inc., 1972.
- Pérez Jr., Louis A. Cuba between Empires, 1878-1902. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh, 1983.
- Rama, Carlos M. La Imagen de los Estados Unidos en la América Latina. México: Secretaría de Educación Pública, 1975.

Russell H., Fitzgibbon. Cuba and the United States, 1900-1935. New York: Editorial Russell and Russell, Inc., 1964.

Seminario José Martí, Estudios Martianos. Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1974.

Schultz de Mantovani, Fryda. Genio y figura de José Martí. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1970.

INDICE

	<u>Página</u>
RESUMEN	
INTRODUCCION	1
CAPITULO I - La llegada a New York	12
Optimismo y decepción	13
CAPITULO II - Cómo ven a Estados Unidos los países suramericanos	19
La Imagen	20
CAPITULO III - Aspectos evolutivos del pensamiento de Martí	26
Motivos de la evolución en el pensamiento de Martí	27
CAPITULO IV - Aspectos sociales	30
La Clase obrera	31
Las huelgas y el Proceso de Chicago	40
La Inmigración y los problemas raciales	47
Impresiones sobre la mujer norteamericana	56
CAPITULO V - Aspectos políticos	59
Los Estados Unidos - Anexionismo e imperialismo	60
CAPITULO VI - Concepto de América	76
La América de Martí	77
CONCLUSION -	99
NOTAS	103
BIBLIOGRAFIA	109
INDICE	115